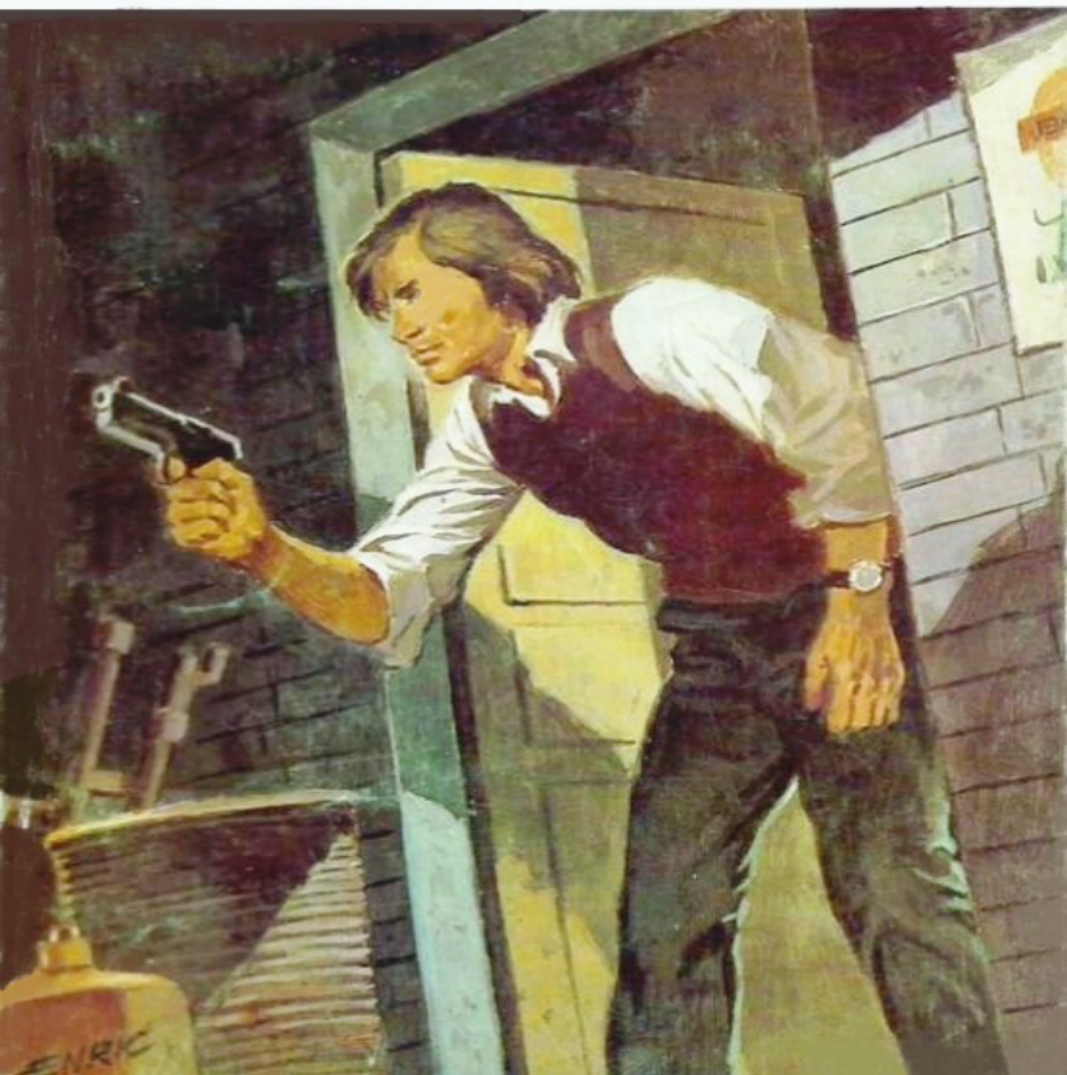


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL ROSTRO TRAS LA CORTINA

Curtis Garland



CURTIS GARLAND

El rostro tras la cortina

Colección PUNTO ROJO nº 1037. Bruguera mar/1982

CAPÍTULO PRIMERO

El disparo restalló acremente en el callejón.

Un cercano silbido reveló a Duke Slatery que la bala no había pasado precisamente lejos de su cabeza. Eso dio alas a sus pies. Echó a correr más deprisa de lo que lo hiciera hasta entonces. Un segundo estampido retumbó allá, a sus espaldas, pero esta vez el proyectil pasó mucho más distanciado.

El asfalto estaba negro y brillante por la llovizna y la niebla que se espesaba como si fuese puré en las calles de San Francisco, muy especialmente en las más angostas y viejas del Barrio Chino. Sus zapatos pasaban sobre él como un repiqueteo sordo y veloz.

Ahora sabía que su vida estaba en juego. Si le daban alcance, le matarían sin remedio. Maldijo entre dientes a sus perseguidores. Esto era peor que tener a la policía pegada a los talones. Porque ellos, al menos, no disparaban. No contra pájaros de poca monta como él. Hubiera dado algo por ver un uniforme en aquellos momentos. Él, que huía despavorido cada vez que vislumbraba a un agente de la autoridad...

Duke logró doblar la esquina, sabiendo que aquellos malditos no dejarían de ir tras él. Esa clase de gente nunca renuncia con facilidad a su presa. Había sido un error tener negocios con tipos semejantes. Pero ahora era demasiado tarde para lamentarse de las equivocaciones cometidas. Lo único práctico era tratar de enmendarlas. Y él no conocía más que un medio de hacerlo: escapar.

Escapar lo antes posible, dejándoles definitivamente atrás. Y eso no era tarea sencilla, ni mucho menos. Los sentía cerca de él, excesivamente cerca para sentirse tranquilo. Oía sus pisadas en la otra calle, tras sus pasos. No tardarían en doblar aquella misma esquina y hacer fuego nuevamente sobre él.

Se detuvo, jadeante. Una de aquellas pintorescas cabinas telefónicas de Chinatown, con su techo de pagoda y su roja estructura, se ofrecía a su vista, en medio de la acera, en la siguiente esquina. Se podía uno esconder en ella, pero aquellos tipos se las sabían todas. Sería el primer sitio donde buscarían.

Miró a uno y otro lado. Un pequeño restaurante chino, abierto toda la noche, tampoco le ofrecía excesivas garantías como escondrijo. Era la única puerta iluminada, visible en la calle. Encima de la misma, un rótulo luminoso, con caracteres chinos, anunciaba su especialidad.

Siguió corriendo y alcanzó la cabina telefónica. La dejó atrás, lo mismo que las luces rojas y amarillas del restaurante. Ninguna de las dos posibilidades le había gustado lo suficiente para probar fortuna. Quizás buscando en ambos sitios, los tipos perdieran algún tiempo.

Corrió pegado al muro, evitando con cuidado los charcos de lluvia

para que sus zapatos no chapotearan en ellos, produciendo un ruido delator. Clavó sus ojos en el lugar donde se hallaba.

Era una especie de pasaje sin salida. Un callejón, cuyo otro extremo parecía cegado por una alta tapia de ladrillos. Maldijo entre dientes. Había vuelto a equivocarse. Pero no podía volverse atrás en modo alguno. Oía los murmullos y pisadas de sus perseguidores a la altura del restaurante chino. Oyó un campanileo y una puerta vidriera que se abría y cerraba. Estaban escudriñando el restaurante, por si se había escondido en él. Pronto harían lo mismo con la cabina. Luego se meterían en el pasaje. Y estaría perdido. Se había metido él mismo en el cepo ingenuamente.

Examinó con rapidez los dos muros laterales del callejón.

No había puertas en ninguno de ellos. Ni muchas ventanas tampoco. Un edificio tenía aspecto de ser un almacén. El otro, la parte trasera de una vieja casa de vecindad. La escalera de incendios colgaba a demasiada altura su último tramo de peldaños, como para pensar en darle alcance. Una serie de ventanas con barandilla servían de salida de emergencia para los vecinos.

No podía acceder a esos pisos, y se le acababa el tiempo. Entonces vio a la rata.

Era grande y gris, de pelo erizado y brillantes ojillos oscuros. Se deslizó rápida a través del pasaje, desde unos cubos de basura alineados a su derecha, metiéndose en alguna parte. Contempló ese punto.

Un pequeño ventanuco a ras del suelo. Y no estaba enrejado. Unos vidrios rotos y polvorientos eran todo lo que se veía de sus postigos cerrados. Por allí se había filtrado el roedor en su fuga, asustado por la presencia humana mientras buscaba su festín en los desperdicios.

Rápido, tomó una decisión. No había tiempo para más.

Se agachó en la mojada acera y rompió el vidrio de un seco puñetazo, tras envolverse la mano en la propia manga de la chaqueta, para no resultar herido. Cayeron los fragmentos de vidrio a alguna parte, allá en el interior, con seco chasquido. Frenético, metió el brazo por el hueco abierto. Halló una falleba y la logró alzar con un leve chirrido de metal oxidado. El ventanuco estaba abierto.

Se deslizó veloz, como un auténtico reptil, por aquella providencial abertura. Halló un breve alféizar al otro lado. Se mantuvo en equilibrio en él, el tiempo justo para cerrar de nuevo el pestillo de los postigos de vidrios rotos. Luego, saltó al fondo oscuro y húmedo, al tiempo que unas cercanas pisadas resonaban en la callejuela sin salida, y una bronca voz de hombre exclamaba con tono placentero:

—¡No puede escaparse ya!

Golpeó con su cuerpo en el fondo. Aquel sótano era bastante amplio al parecer, pero por fortuna el ventano no estaba demasiado alto sobre el

nivel del suelo. Aun así, flexionando sus piernas en el salto, notó una dolorosa sensación en sus rodillas, y estuvo a punto de caerse de bruces.

Junto a él, unas ratas corrieron emitiendo leves chillidos de sobresalto y de ira. Las notó rozando su pantalón, pero en vez de repugnancia, casi sintió gratitud hacia ellas. De no ser por aquella rata en el callejón, posiblemente ahora ya estaría muerto, cosido a balazos por sus perseguidores.

Miró hacia lo alto, pegado al muro oscuro y mojado del sótano. Una lámpara eléctrica destelló en el sombrío pasaje, recorriendo sus muros. Oyó golpear y rodar los cubos de basura. De haberse escondido en alguno de ellos, hubiese cometido su último error en este mundo.

—¡Tiene que estar aquí! —bramó una voz—. ¡Buscad, buscad, imbéciles!

La luz resbaló por los vidrios rotos y polvorientos del ventanuco. Duke contuvo el aliento, pegado a la pared, invisible por completo al de arriba. Un ramalazo de claridad lechosa recorrió el sótano, revelando las figuras furtivas y grises de las ratas, moviéndose entre cajas de botellas vacías, sacos y cajones de cartón de embalaje.

Aprovechó el momento en que la luz se perdía de nuevo, para cruzar a la carrera el amplio sótano, que le había sido dado ver con cierta nitidez gracias a aquella lámpara, descubriendo una puerta metálica al fondo, donde terminaban cuatro o cinco peldaños de piedra ascendentes. Alcanzó esa breve escalera y la subió sin detenerse, llegando ante la puerta. Era metálica. Si estaba cerrada, no podría moverse de aquel sótano, pensó.

Pero no estaba cerrada. Tomó el pomo, lo giró, y la puerta cedió con un chirrido. La entreabrió lo suficiente, salió del sótano y cerró tras de sí, encontrándose en una impenetrable oscuridad pero rodeado de una atmósfera infinitamente menos húmeda que la de allá abajo.

Miró a la puerta. Poseía un pestillo por ese otro lado, aunque no había pensado nadie en pasarlo, evidentemente porque no había nada de particular valor en aquel recinto situado bajo el nivel de la calle. Pasó ese pestillo con rapidez.

Ahora, si los perseguidores entraban en el sótano buscándole, encontrarían una puerta herméticamente cerrada, y no podrían saber si él se refugió allí o no. Había logrado, al menos de momento, poner entre él y sus enemigos un muro difícil de salvar.

Pero necesitaba saber dónde se encontraba en estos momentos. Llevaba fósforos en su bolsillo. Había corrido ya tantos riesgos, que uno más no importaría. Encendió uno, cubriéndolo con el cuenco de sus manos, para evitar que el resplandor pudiera filtrarse al oscuro sótano por las rendijas de la puerta metálica.

Pronto descubrió dónde se hallaba: un rellano de una angosta escalera

de casa de vecinos, cuya puerta a otra calle parecía herméticamente cerrada. Miró hacia lo alto. Debía de tener cuatro pisos por encima de su cabeza. Estaba en un entresuelo, sin duda alguna. Había dos puertas cerradas en él, con la numeración de primera y segunda, justo frente a la puertecilla metálica del sótano. No parecía haber portero ni conserje en la vieja casa de Chinatown donde se encontraba ahora.

Decidido, comenzó a subir las escaleras. No sabía a dónde iba, pero quizás lo más sensato era salir de aquel edificio, a su azotea, y desde allí intentar saltar a otra que le permitiera el acceso a otros edificios más asequibles como refugio momentáneo.

De repente, se quedó pegado al muro, con sobresalto, en el primer piso de la casa. Una luz amarillenta se había encendido en la escalera, iluminando tétrica y débilmente toda la misma, hasta el fondo. Se preguntó si habrían entrado en ella los perseguidores, por la puerta de la otra calle, y el corazón le dio un vuelco.

Efectivamente, alguien había abierto la puerta. Captó un leve ruido, allá abajo en el zaguán de la vivienda. Luego, unas pisadas comenzaron a subir las escaleras cautelosamente, sin hacer mucho ruido.

Por si eso fuera poco, una puerta en el propio rellano se abrió de pronto. Un raudal de luz salió por ella. No es que fuese una claridad deslumbrante, pero lo parecía, tras tantos minutos moviéndose en la sombra. La luz cayó de lleno sobre el agazapado Duke Slatery, revelando su presencia allí.

Sorprendentemente, el viejo chino que había asomado por el umbral, vestido con un tradicional atavío de su país, compuesto de blusa y pantalón de seda negra estampada, zapatos de gruesa suela y gorro de seda sobre sus escasos y ralos cabellos blancos, pareció no advertir su presencia aunque clavó en él sus rasgados ojos orientales.

Perplejo, Duke permaneció quieto, mirando a su vez al viejo chino, sin que éste mostrara la menor emoción en su rugoso rostro. Las pisadas de los que subían, se escuchaban cada vez más cerca. Al menos, calculó Duke, eran cinco personas, pese a su sigilo en moverse.

Duke se movió ligeramente, sin saber qué hacer, convencido de que al fin estaba acorralado. El chino sonrió, ceremonioso, inclinando la cabeza. Le habló suavemente, en correcto inglés:

—Id entrando. El patrón llegará pronto.

Duke vaciló. Por la razón que fuese, le estaban confundiendo con alguien. Entrar allí a todo riesgo, no supondría mayor peligro que permanecer fuera, ante el peligro de ser encontrado por sus perseguidores, pensó Duke, tras una breve duda.

Y se arriesgó avanzando decidido y entrando en el piso. Pasó junto al chino. Este sonreía, mirándole. Pero observó que su mirada era opaca y sin expresión, que en realidad parecía *mirarle*, pero *no le veía*. El

error estaba explicado ya.

Aquel viejo chino era ciego.

Dominó un resoplido de alivio. La mano del chino se extendió, hospitalaria, señalando a un punto del vestíbulo.

—Podéis vestiros ya todos —dijo—. Las prendas están ahí, esperándoos.

Duke miró en dirección a donde señalaba la mano del chino. A espaldas suyas, en el rellano, ya estaban los hombres que subían la escalera procedentes de la calle a donde daba la puerta principal. Oyó a uno saludar, frío y cortés:

—Hola, Wang Li.

—Bienvenidos todos —respondió el chino dulcemente, haciendo una leve ceremonia.

Duke estaba en otro buen aprieto. En el vestíbulo, había una especie de guardarropa del que colgaban al menos una docena de túnicas negras con sus correspondientes caperuzas de igual color, en las que sólo eran visibles dos orificios para los ojos y otro muy pequeño para la boca.

Los otros estaban a su espalda, entrando uno a uno en la casa. No se volvió en ningún momento. Alargó la mano, tomó una de las prendas al azar, y se encasquetó la caperuza con rapidez, ajustándola sobre su cabeza. Luego, tomó la túnica, que se cerraba por delante con una larga cremallera, se la puso y la cerró con rapidez, cuando ya los otros hombres estaban a su lado. Le miraron. Y él a ellos, a través de las ranuras abiertas en la tela negra de su capucha.

—Buenas noches —saludó uno de ellos, cortés.

—Hola —respondió Duke fríamente.

Para asombro suyo, no ocurrió más. Los hombres eran exactamente cinco. Lo había calculado con matemática precisión cuando subían la escalera. Eran muy diferentes entre sí. Dos de ellos eran jóvenes y bastante bien vestidos, un tercero era canoso, de rostro maduro y expresión endurecida. El cuarto era de raza oriental, pero estaba seguro que no era chino. Quizás hawaiano o filipino, pensó Duke. No era un experto en razas orientales. El último del quinteto... era una mujer.

Una mujer entre aquella gente, resultaba casi una incoherencia. Sin embargo, ella también actuó con la misma seguridad y firmeza que sus cuatros compañeros. Les vio tomar las prendas y ponérselas con la indiferencia que revela una larga práctica en tal acción. La mujer era joven, bien parecida, de cabellos castaños cortos y ojos de color café. Había algo varonil en ella, a pesar de su erguido busto y su bien marcado trasero bajo la falda de mezclilla gris.

Cuando todos se hubieron puesto caperuzas y túnicas, hubiese sido imposible diferenciar edades, raza o sexo. Ni tan siquiera condición

social. Las túnicas eran bastante anchas y largas como para cubrir hasta los pies. El chino ciego se movía ya hacia el corredor, invitando a los demás:

—Vamos, señores. Pasen a la sala, por favor. El jefe no tardará en llegar. Todavía faltan por llegar algunos más.

Duke se estremeció. Si aquella gente tenía contado el número de asistentes previamente, notarían enseguida la presencia de un intruso en la reunión. Todo era muy misterioso, como si se tratara de una asamblea clandestina. Eso, en el corazón de Chinatown, sólo parecía indicar una cosa: delito.

—Me parece que he salido de un lío para meterme en otro mayor —se dijo así mismo, aunque caminó, como los demás, pasillo adelante, resueltamente, siguiendo las indicaciones del invidente chino.

Llegaron a una amplia sala en la que había una serie de butacas bien confortables, en torno a una mesa oval, en la que se hallaban diversos sobres encima de una bandeja de plata. Alrededor de esa bandeja, ante las butacas, un vaso y una botella con agua, aún precintada. Contó nueve vasos y nueve botellas. Volvió a tener miedo. Eran nueve los asistentes a la reunión. Si llegaban a ser diez, estando él mezclado en la misma, resultaría muy fácil para aquella gente localizar al intruso.

La cosa empezaba a ponerse fea, pensó Duke Slatery, sintiendo un sudor frío que pegaba la tela de su caperuza a su rostro, incómodamente. Escudriñó a sus compañeros de asamblea a través de las rendijas de las capuchas.

Ninguno parecía recelar nada de él. Tomaron asiento solemnemente, en silencio completo. Les dejó hacer, siendo el último en acomodarse, justo al lado de donde lo hacía la mujer. Le era posible identificarla porque no le había quitado ojo en todo en todo tiempo, desde que cubriera su rostro con la caperuza. No hubo acción ni el más leve instinto sexual. Estaba seguro de que, llegado el caso, aquella mujer podría resultar tan peligrosa como sus compañeros varones.

Había algo en aquella junta misteriosa que no le gustaba nada.

Miró frente a sí ahora. La sala era peculiar: de muros de madera, confortable y acogedora. Pero uno de sus muros aparecía cubierto totalmente por una espesa cortina roja, de gruesos pliegues, que se extendía desde el techo hasta el suelo. Ni una sola ventana era visible en la estancia. Si existía alguna, posiblemente estaba tras la cortina. Observó que también sus compañeros de mesa miraban expectantes a la cortina, como si algo esperasen que surgiera de ella en cualquier momento.

Pasaron los minutos. Lentos, pesados, casi agobiantes. Llegaron dos figuras más, igualmente encapuchadas. Y una tercera. Todas ellas saludaban con una inclinación de cabeza a sus compañeros e iban tomando asiento en torno a la mesa oval. Algunos desprecintaron sus

botellas de agua y tomaron un sorbo. Slatery les imitó, procurando que nadie captara el temblor de su mano. Bebió un largo trago porque lo necesitaba.

Esperaron en silencio. Un tercer encapuchado llegó. El chino asomó tras él y miró al vacío, con aire ausente.

—Ya están todos —dijo sonriente—. El patrón está al llegar, señores.

Desapareció, cerrando la puerta de acceso a la estancia. Duke tragó saliva. De un momento a otro, llegaría el noveno invitado, el auténtico. Y todo se derrumbada para él. Obviamente sabían *cuántos* tenían que estar presentes: nueve y el jefe. Cuando la cifra subiera a diez, comenzarían los problemas para él. Y algo le decía que aquella gente todavía era más peligrosa que los rufianes que le habían perseguido hasta allí a tiro limpio.

Los minutos transcurrían, y el noveno encapuchado no llegaba. La tensión de Duke iba en aumento, hasta límites insufribles.

De pronto, sus nervios parecieron romperse. La cortina se agitó ante ellos, con un movimiento ondulante. Todos clavaron sus ojos en ella, con aire respetuoso.

Y tras la cortina, una voz fría, impersonal, monocorde, hablo con gélido acento, como si no fuese capaz de sentir emoción alguna:

—Bien. Observo que ya están todos. Los nueve citados esta noche.

Duke se mordió el labio. Notaba la transpiración helada, mojando incluso el paño negro de su capucha. Ocultaba las manos debajo de la mesa, sobre su regazo, para evitar que un temblor inoportuno revelase su estado de ánimo.

Tras aquella pausa, la voz detrás de la cortina siguió, con tono pausado:

—Me alegra ver que están *todos*. Me llegó el rumor de que *uno* de ustedes había sido víctima de un desdichado infortunio, y a estas horas podía estar en poder de la policía.

Hubo un pequeño revuelo en los presentes, con excepción del propio Duke. Todos se miraron entre sí. La voz del invisible personaje les calmó, mientras la cortina producía otro leve movimiento, revelando una presencia viva detrás:

—Serénense. Nuestros miembros jamás revelan la verdad, bien lo saben. La noticia quedó sin confirmar. Ahora veo que, por fortuna, era falsa. Están aquí todos lo que cité, y eso me complace extraordinariamente, por supuesto. Ahora, hablemos de nuestros asuntos. La sociedad ha pasado algunos problemas, como ustedes están enterados. Es el momento de reanudar nuestras actividades con más fuerza que nunca. Somos más fuertes que todos ellos. Y lo demostraremos, señores.

Otra pausa. Duke se preguntaba si, realmente, el noveno miembro de la sociedad llegaría al fin o, realmente, tenía problemas con la policía.

Si era así, esperaba que el llamado «jefe», el personaje tras la cortina, se enterara lo más tarde posible de tal hecho.

—Bien, señores —prosiguió la voz, inflexible—. Ahora van a recibir sus respectivas misiones. Ahí están los sobres con las instrucciones de cada uno. Cuando los abran... sabrán a quiénes tienen que asesinar.

Asesinar.

Duke Slatery digirió dificultosamente esa horrible palabra.

«Asesinar... pensó con un escalofrío. Cielos, *dónde* me he metido yo?»

Por huir de una situación difícil y peligrosa, se había ido a introducir de lleno en un mundo de pesadilla, donde la muerte violenta, el asesinato, se mencionaba con la misma naturalidad con que un ejecutado hablaría de cifras de ventas y de márgenes comerciales.

Estaba en una organización criminal anónima. Y había sido tomado por uno de tantos asesinos como había sentados en torno a aquella mesa.

Ahora sabía lo que podía sucederle si descubrían que había un intruso entre ellos. Revelada la naturaleza de aquella siniestra reunión de encapuchados, era obvio que no vacilarían en asesinarle a él también sin permitirle salir de allí para revelar la que sabía.

Trató de mantenerse sereno, pese a que su tensión había aumentado considerablemente. Pidió mentalmente con toda su alma que el noveno invitado a la reunión jamás llegase a la misma, al menos mientras él estuviera allí.

Los presentes parecían haber aceptado las palabras del oculto jefe con total indiferencia, como si esperasen lo que iba a decirse allí. Tras la pausa correspondiente, la voz siguió hablando sin prisas, calmosa y fría, desde detrás de la cortina roja:

—Cada sobre lleva un número escrito en su exterior. Tomen el que les corresponda cada uno de ustedes. Dentro hay el dinero suficiente para llevar a cabo su correspondiente misión, fotografías e información de sus víctimas, lugar donde se hallarán y documentos adecuados, en caso de precisarlos, para representar su papel y estar lo suficientemente cerca de la víctima en el momento preciso. Es todo. ¿Alguna pregunta en especial, señores?

Otro silencio. Algunos de los encapuchados se miraron entre sí. Duke, por seguir la representación lo más correctamente posible, miró a su vecina de asiento. Los ojos color café de la mujer atractiva y varonil se fijaban ya en él, mientras un leve encogimiento de hombros era perceptible bajo la negra túnica de seda brillante que cubría su cuerpo.

Duke movió la cabeza de un lado a otro, muy sereno, como dando a entender que no hacía preguntas. En realidad hubiera querido hacer tantas, que se hubiese delatado a sí mismo en el acto, y no era tan estúpido como para correr ese riesgo.

—No hay nada que preguntar —dijo por fin la voz de uno de ellos, bajo la negra capucha.

—Bien —habló el personaje oculto—. Entonces, esto es todo. Cuanto

menos tiempo permanezcamos reunidos, tanto mejor para nuestra seguridad, como es lógico.

Era una señal concreta de que allí terminaba la asamblea. Duke temió el momento de la salida de aquella casa. Ellos quizás se conocían entre sí. Había logrado burlarles cuando llegaron, tapándose la cabeza antes de ser identificado, pero ¿podría repetir ahora la misma suerte?

Lógicamente, esperó sin prisas a que cada uno alargara el brazo, tomando el sobre correspondiente a su número personal. Cuando él extendió su mano, notó que había tan sólo un sobre en la bandeja. Llevaba el número 7 escrito en rotulador negro.

El siete. Era su número de asesino en aquella reunión criminal. Tomó el sobre con calma, indiferente, y notó que era bastante abultado. Estaba cerrado herméticamente, asegurada su solapa con una tira de papel engomado transparente.

Lo guardó con la mayor naturalidad bajo su túnica y se puso en pie, imitando a los demás, que ya comenzaban a abandonar la sala para despojarse de sus prendas en el vestíbulo.

Observó que todos lo hacían sin hablar entre sí, sin cruzarse palabra alguna, como si no se conocieran de nada. Apenas colgadas sus negras prendas, salían de la casa, en cuya puerta se hallaba el chino ciego, y descendían la escalera, manteniéndose igualmente silenciosos.

Procuró quedar también el último. Se quitó despacio la caperuza y túnica. La colgó mientras sonreía el llamado Wang-Li en la salida, sus ojos perdidos en el vacío.

—Adiós, Wang-Li —dijo roncamente, saliendo del piso.

—Buenas noches, señor —respondió el oriental, sin inmutarse.

Bajó las escaleras sombrías sin prisas. Abajo, sonaban las pisadas de todos los demás. El portalón estaba abierto. Recordó que allá afuera podía aguardarle aún el peligro, en forma de los rufianes armados que le persiguieron aquella noche, pero tenía que correr el riesgo. No podía quedarse un minuto más en aquella casa de Chinatown donde se reunía tan siniestro cónclave de enmascarados para planear asesinatos a sangre fría.

Respiró hondo al pisar la calle. No lloviznaba ahora, pero la niebla seguía velando las callejuelas, y era más densa aún que cuando entró en el edificio. Se había engullido a los otros ocho personajes como si fuesen un enorme monstruo gris y vaporoso, capaz de devorar a los seres humanos. Él también se sumergió en esa bruma espesa y húmeda, que le envolvió como un sudario.

Palpó varias veces aquel alargado sobre hundido en un bolsillo de su chaqueta. Se preguntó qué contendría realmente. Quién sería la persona a quién debía asesinar el número siete de la organización criminal.

Avanzó sin rumbo en la noche de San Francisco, por el dédalo de

callejuelas del corazón de Chinatown, en busca de una salida a zonas menos peligrosas para él. Ciertamente que aquella niebla espesa era su mejor aliado, pero no debía confiarse. Había hombres que deseaban matarle, y eso no era prudente olvidarlo, por mucho que le excitase ahora la aventura que acababa de vivir en un anónimo piso de una vieja casa del Barrio Chino.

A pesar de la bruma, logró al fin darse cuenta de que se hallaba en Bush Street, porque identificó en medio de la bruma las columnas y los dragones de la puerta de entrada a Chinatown, tal y como fuera enviada desde Taiwán, como regalo de la República de China a la ciudad de San Francisco. Se alejó definitivamente de la zona oriental de la ciudad, en dirección a Mason Street, en cuyo cruce vislumbró un pequeño local de bebidas, abierto de madrugada. Cruzó la calzada y entró en él. Estaba poco iluminado y sonaba música amortiguada para bailar. Había numerosas chicas solas, que le sonrieron desde la barra y las mesas. Se había metido en un local de alterne.

Rechazó con un gesto a todas ellas, y penetró en los lavabos. Se encerró en uno de ellos, por dentro, y rasgó el sobre, para comprobar su contenido.

Contuvo el aliento.

Lo primero que descubrió, fue el fajo de billetes. Había allí al menos cinco mil dólares en billetes de cien. No eran nuevos ni viejos, ni tenían numeración correlativa, de modo que no parecían provenir de ningún robo o cosa parecida, aunque no podía estar seguro de eso.

Después del dinero, descubrió un par de fotografías, sujetas con una labial metálica a un pliego mecanografiado cuidadosamente. Completaba el contenido de aquel sobre otros documentos, como un título de enfermero y un certificado por el que se afirmaba que un tal Derek Danvers había sido enfermero en varios centros médicos del país, con las mejores referencias al respecto. Lo firmaba una asociación médica norteamericana y un cierto Departamento de Sanidad de la Costa del Pacífico, con sellos y toda clase de trámites burocráticos.

Perplejo, tomó el papel mecanografiado, al que iban adosadas las fotografías. Miró éstas con atención. Una era de una mujer joven y atractiva, de cabellos claros y ojos aparentemente azules. Aparentaba tener no más de veinticinco años.

La otra fotografía correspondía a un hombre de mediana edad, cabello salpicado de canas en sienes y patillas, gafas de montura metálica, nariz afilada y ojos perspicaces y risueños. Parecía tener una fácil sonrisa.

Leyó las líneas mecanografiadas. Eran muy elocuentes y lo aclaraban casi todo:

«Estos son el doctor Harvey Lamont y su paciente, Sharon Kelly.

Ambos residen en el mismo lugar: residencia de salud Maddox, en Santa Rosa. Es un centro para enfermos psiquiátricos de mucho dinero y buena familia. Un lugar selecto. Usted ingresará a trabajar allí como el enfermero Derek Danvers. Lleva las mejores referencias consigo, y ha telegrafiado ya, solicitando el empleo que ese centro médico ofrecía en un anuncio. Usted tiene experiencia en esas cosas y no le costará engañar a todos fácilmente. Tiene que matar *a los dos*. A médico y paciente. Pero fingiendo sendos accidentes o un accidente y un suicidio. Nada de armas ni violencias que dejan rastro. Nadie debe sospechar un doble crimen, eso es vital. Lleva dinero suficiente para sus gastos y necesidades. Si es preciso, comunicaré con usted en su momento. Pero sólo si es absolutamente indispensable, recuérdelo. Al final recibirá sus honorarios como siempre.»

Eso era todo. Ni firma, ni dato alguno más. Sin duda, el «número siete» podía pasar por enfermero sin problemas. Era mucho más dudoso que él pudiera hacerlo, pese a que sabía poner una inyección, atender a un herido o asistir a un accidentado. Ahí terminaban sus conocimientos en la materia.

Claro que era absurdo imaginar que él iba a aceptar semejante misión. No era un asesino, aunque para muchos el nombre de Duke Slatery fuese sinónimo de granuja redomado, de pillo de siete suelas. Pero una cosa era hacer contrabando, engañar a una pandilla de traficantes de drogas o pasar moneda falsa en su pequeña embarcación, procedente de Hong Kong o de Taiwán, y cosas por el estilo. Y otra muy distinta matar a sangre fría.

Sin embargo, tenía que hacer algo. Avisar a aquellas dos personas marcadas por una organización criminal que, tal vez, se limitaba a cumplir un encargo, a matar por contrato, como lo hacía la Mafia, pongamos por caso. Sólo que aquella siniestra organización de encapuchados no parecía relacionarse con el Sindicato del Crimen, sino formar una entidad propia e independiente de toda influencia mafiosa.

Existía un medio fácil y sin compromisos de avisar a las víctimas señaladas por el desconocido personaje oculto tras la cortina: una carta, un telegrama o una simple llamada telefónica a la residencia de salud Maddox, de Santa Rosa. Pero ¿alguien creería semejante información? ¿La aceptarían ellos o la propia policía, siendo como tenía que ser, un mensaje anónimo? Mucho se temía que no. Y aun en el mejor de los casos, ¿no encontrarían los asesinos la forma de repetir el intento con mayor seguridad, en un futuro inmediato?

—Dios mío, ¿qué puedo hacer? —murmuró, saliendo del retrete y lavándose las manos en uno de los lavabos, con aire absorto—. No puedo permitir que esa gente muera a manos de otro asesino... Sería como matarles yo mismo.

Tomó un whisky doble en la barra. Una fulana se le sentó al lado, cruzándose de piernas y mostrándole la línea de sus muslos, al mismo tiempo que su profundo escote permitía descubrir la exuberancia de sus pechos. Pero Duke no estaba para esas cosas ahora. Llevaba una noche demasiado agitada, entre los rufianes que pretendían pagarle con plomo haber arrojado una carga de heroína al mar, en un rasgo de honestidad muy propio de un estúpido caballero andante como él. Odiaba las drogas y a sus traficantes. En principio había pensado que se trataba de un contrabando de distinto cariz, como obras de arte, diamantes o perlas, o cosa parecida. Pero eran narcóticos procedentes de Singapur. El fondo del mar fue su destino. Y los burlados traficantes andaban tras él como perros de presa, dispuestos a hacerle pagar caro su altruismo.

No, San Francisco no era un lugar saludable para él, al menos de momento. Quizás Santa Rosa sí lo fuese. Después de todo, ¿qué perdía con probar? Sería Derek Danvers durante unos días, hasta que lograra convencer a aquella pareja de que estaban señalados como víctimas de un doble asesinato. Entonces, escaparía de allí lo más rápidamente posible, para evitar ser hallado por los miembros de la tenebrosa organización.

Estaba totalmente decidido. Salió del bar sin hacer caso a las numerosas damiselas de vida alegre que pretendían cazarle, y llamó a un taxi que emergió de la niebla como un fantasma. Le dio la dirección de la terminal de autobuses. Alguno saldría a primera hora de la mañana con destino a Santa Rosa. Y en él viajaría Duke Slatery, dispuesto a entrar en la residencia de salud Maddox, para intentar evitar un doble crimen.

* * *

Era un bello lugar, en medio de una apacible campiña, a pocas millas del centro de Santa Rosa. Un prado cubierto de bien cuidado césped rodeaba el edificio principal, una estructura de típico estilo californiano, con, porches y tejado de pizarra, que se alzaba en un leve altozano al que se ascendía desde la puerta de entrada, accionada eléctricamente en la cerca de la propiedad, por un sendero amplio, bien asfaltado, que subía en leve rampa por entre los árboles y setos, hasta terminar en el amplio claro semicircular abierto ante la fachada de la casa.

Sobre la tapia, junto a la entrada, una placa de metal dorado anunciaba a los visitantes:

RESIDENCIA DE SALUD MADDOX CENTRO MEDICO PRIVADO

Duke Slatery salvó ese primer obstáculo sin ninguna dificultad. Le bastó pulsar el timbre. Una voz le interrogó por un pequeño altavoz:

—¿Quién llama?

—Derek Danvers —respondió él, seguro de sí—. Vengo por el anuncio...

Una breve pausa. Luego, la voz metálica le replicó:

—Sí, señor Danvers. Le esperan. Puede pasar.

Un zumbido, y la puerta se franqueó. Duke entró en la propiedad, subiendo por su pie la leve rampa de la carretera privada. Observó que había una garita donde no se hallaba nadie en estos momentos, junto a la puerta de entrada. Al llegar al claro, descubrió a varias personas de ambos sexos, deambulando por el prado o sentados en el césped y en sillas, leyendo o practicando juegos entre sí. Contó unas once o doce personas en total. Parecían pacientes del establecimiento. Parecían gente perfectamente normal. Duke pensó que allí debían atender a personas con problemas psiquiátricos relativamente leves. Pero que podían pagarse un tratamiento especial.

Un enfermero uniformado totalmente de azul pálido salió al porche, mirándole mientras llegaba. En su pecho llevaba una pequeña placa rectangular de metal esmaltado, con el nombre «Kane» grabado en ella.

—Enfermero Kane —se presentó en vano, tendiendo su mano al visitante—. ¿Señor Danvers?

—El mismo —asintió Duke serenamente, estrechando aquella mano.

—Bienvenido a la residencia, señor Danvers. Venga conmigo, por favor. El doctor Langdon le espera en la sección de personal.

Le siguió hacia el interior de la casa. Esta aparecía decorada como una vivienda particular. Nada en ella acusaba la naturaleza a que estaba destinada. Nadie hubiese imaginado allí dentro hallarse en una residencia clínica. El enfermero Kane le explicó ese punto por el camino:

—Aquí los pacientes deben sentirse como en una finca a la que acuden a pasar unas vacaciones con sus amigos. Nada de aspecto de centro de salud. Nada de uniformes blancos ni cosa que recuerde la presencia de médicos y enfermeros. Esas son las normas. Y funcionan bien. Los pacientes se sienten seguros, tranquilos, incluso felices.

—Es una buena terapéutica —aceptó Duke, observando que en las escaleras de roble se veían litografías con escenas de caza y cosas así. El aire no tenía ese peculiar olor a ácido fénico y a desinfectantes que tienen los hospitales.

—Muy buena —asintió el enfermero—. El difunto doctor Maddox sabía lo que se hacía. Él dijo que las dolencias psíquicas no hacen sino empeorar cuando los pacientes son internados en centros psiquiátricos convencionales.

—Tenía mucha razón —suspiró Duke—. Esos centros son casi siempre una buena fábrica de locos.

—Fábrica de locos... —sonrió el enfermero, volviéndose para mirarle,

mientras ascendían a la escalera señorial—. Eso ha tenido gracia, señor Danvers...

Llegaron a la planta superior. El enfermero golpeó suavemente con los nudillos en una puerta donde se leía la palabra «Personal», en letras doradas sobre la madera, y una voz le invitó a entrar.

—El señor Danvers ya está aquí —anunció Kane desde la puerta, respetuosamente.

—Pase, señor Danvers —dijo la misma voz que les invitara a entrar—. Yo soy el doctor Langdon, encargado del personal de la residencia. Sea bienvenido.

Duke se llevó una pequeña sorpresa. El «doctor» Langdon era una mujer. Y bastante atractiva, por cierto (1).

(1) El equívoco es fácil en los países sajones. Téngase en cuenta que los calificativos como «doctor» carecen de diferencia en sexo, y se aplican indistintamente a hombre o mujer. Pese a ello, a partir de aquí, el texto español especificará su sentido, utilizando el término de «doctora», habitual entre nosotros. (N. del E.)

De cabellos oscuros y ojos muy negros, su tez tenía un matiz levemente bronceado, como si fuese de origen latino, pese a su apellido eminentemente sajón. Tampoco ella lucía uniforme o bata de color blanco, sino una sencilla blusa, parecida a la de un pintor, en color suavemente anaranjado. El nombre de «doctora Karin Langdon», figuraba asimismo en la placa esmaltada que lucía encima de su seno izquierdo. Por cierto que la placa aparecía ligeramente torcida a causa de la prominencia de ese mismo seno, tan erecto y bien formado como el derecho.

—Es un placer conocerla, doctora —dijo Duke—, Y una sorpresa también, en cierto modo.

—¿Porque soy mujer? —ella se encogió de hombros—. Hay muchas con la carrera terminada, señor Danvers. No soy una excepción, ni mucho menos.

—Ya lo sé. He conocido a algunas doctoras. Pero ninguna era atractiva, créame.

El indirecto cumplido hizo enrojecer levemente las mejillas de la doctora, sorprendida por la galantería de su visitante. Trató de mostrarse seria, pero sus ojos estudiaron al joven recién llegado con clara simpatía.

—Es muy amable —dijo—. Su telegrama solicitaba este empleo y me advertía de que sus referencias eran inmejorables...

—Así es, doctora —afirmó gravemente Duke, extrayendo el título y certificado que recibiera dentro del sobre cerrado, en la vieja y siniestra casa de Chinatown—. He aquí una de ellas, si es suficiente.

Ella tomó el pliego. Pareció impresionada al ver que aquella entidad médica, con una cadena de centros hospitalarios privados, y la confirmación por parte del Departamento de Sanidad de la Costa del

Pacífico, garantizaba los excelentes servicios profesionales de Derek Danvers como enfermero titulado. Ella examinó ese certificado, así como el título de ayudante sanitario que lo acompañaba.

—Perfecto —aprobó ella, complacida, devolviéndole ambos documentos—. Luego los fotocopiamos para nuestro archivo y haremos la inscripción formal como nuevo miembro de nuestro cuerpo sanitario, señor Danvers. Sea bienvenido a este establecimiento. Pasará aquí un período previo de prueba de dos semanas, y si al término del mismo estamos contentos y totalmente satisfechos de su rendimiento, como espero, el contrato será ya definitivo, y pasará a ser uno más entre nosotros. Espero que le guste el sitio y el trabajo a realizar. ¿Ha tenido experiencia con enfermos psíquicos?

—Alguna —mintió fríamente Duke.

—Tanto mejor. Como quizás sepa, nuestros procedimientos no son los convencionales en psiquiatría, porque tanto el doctor Maddox, nuestro fundador, ya fallecido, y su ayudante y colaborador más eficaz, el doctor Reeves, actual director de esta residencia, pensaban que los métodos psiquiátricos en uso son perjudiciales para los pacientes y les perjudican más que beneficiarles.

—Estoy totalmente de acuerdo en eso, doctora Langdon. Pero he observado que los pacientes parecen todos muy normales y hasta felices aquí dentro.

—No siempre fue así —suspiró ella—. Cierto que admitimos solamente ciertos casos no demasiados críticos. Y, por supuesto, ninguno de nuestros pacientes es violento. Pero hay casos de neurosis muy serios, y psicosis difíciles de curar. Sólo la terapéutica de esta casa puede vencer en esos trances en un período relativamente breve.

—Supongo que seleccionan también cuidadosamente la condición del paciente.

—No somos nosotros quienes seleccionamos, sino los propios precios de la residencia —sonrió la doctora Langdon—. Son prohibitivos para ciertas personas, lamentablemente. No recibimos subvención alguna oficial, y todo debe ser financiado por nosotros mismos, de ahí la carestía de nuestro establecimiento. Pero ello contribuye también a que quienes viven bajo este mismo techo, en régimen de internado y totalmente mixto como habrá comprobado, se comporten siempre correcta y educadamente, aun siendo enfermos mentales en mayor o menor grado. Trabajamos con una élite, es cierto. Nuestra mayor ilusión es que alguna vez podamos hacer lo mismo con todo el mundo, sin distinciones provocadas por el nivel económico del paciente. Pero eso dependerá casi totalmente de la actitud de las autoridades sanitarias al respecto, la verdad.

Duke asintió. Se preguntaba interiormente cuánto tiempo podía durar aquel equívoco, y en qué forma podría llegar hasta ciertas personas,

como el doctor Harvey Lamont y la paciente Sharon Kelly, a quienes nadie había citado aún.

—Estoy dispuesto a trabajar en seguida, si me aceptan —dijo con aparente entusiasmo.

—Perfecto. Venga conmigo, Danvers. Considérese ya de la casa. Algo me dice que puedo confiar en usted.

Duke sonrió, siguiendo a la doctora, que se había incorporado, dirigiéndose a una puerta lateral de su despacho. Pensó que si ella supiera la verdad, toda esa confianza se haría añicos en un momento. La doctora Langdon resultaba demasiado confiada para tener un puesto de responsabilidad en la Residencia Maddox.

Le condujo a una estancia donde se alineaban estanterías repletas de ropa de todo tipo. Eligió una talla de uniforme azul pálido, como el del enfermero Kane, y se lo tendió con una sonrisa.

—Póngaselo y preséntese al jefe de enfermeros, Kirk Wood —le indicó—. No le costará dar con él en el ala de personal, donde se hallan las cocinas y las dependencias destinadas a material, botiquines y farmacia. Y mucha suerte en su nuevo trabajo, Danvers.

—Gracias, doctora. Procuraré merecerla, cuando menos —prometió seriamente Duke, abandonando la estancia con sus ropas de flamante enfermero.

—Dios, ¿en qué lío me he metido? —murmuró, bajando las escaleras con rapidez—. Ya estoy en esto hasta el cuello. ¿Qué podré hacer para salvar a esa gente y salir airoso de todo este lío?

* * *

El teniente Nelson Raines, de la División de Homicidios de la ciudad de San Francisco, cambió una mirada pensativa con su ayudante, el sargento Warren.

—¿Está seguro de que es Scott Connelly? —preguntó gravemente.

—Así es. Scott Connelly, alias *Frank Carson* y alias *Derek Danvers* —explicó el sargento gravemente, cubriendo el cadáver con la sábana, antes de que el funcionario de la Morgue introdujese el cajón mortuario en el frigorífico donde se conservaban los cadáveres antes de la autopsia correspondiente.

—Un asesino profesional, ¿no?

—En efecto. Un criminal de altos vuelos, frío y cerebral, duro como el granito.

—¿De qué ha muerto?

—Un vulgar accidente. Estuvo detenido, acusado de homicidio, pero no existían pruebas, y su abogado le sacó del lío fácilmente, sin fianza siquiera. Apenas abandonó el recinto policial donde estaba arrestado, se dirigió hacia Chinatown. En sus cercanías, un automóvil se le vino encima. A causa de la densa niebla, ni el conductor ni el atropellado

se dieron cuenta a tiempo. Connelly murió en el acto, con el cráneo reventado y graves daños en su cuerpo.

—Una justicia superior a la nuestra le dio su merecido a un cruel asesino —sentenció el teniente Raines con un suspiro—. ¿Se sabe adónde se dirigía anoche al ser atropellado?

—No. Sólo que iba a Chinatown, donde había sido visto en varias ocasiones. Existen sospechas fundadas de que allí tenía un centro de reunión donde recibía los encargos para asesinar, como usted sabe. Pero nunca hemos podido localizar ese punto ni saber a qué organización pertenecía el tal Connelly.

—Algo es obvio: no era un mafioso ni pertenecía al Sindicato. La confianza de ese pillo de Bruno Morelli no deja lugar a dudas. Nadie de la Mafia conocía a Connelly de nada. Tenemos que encontrar esa organización, Warren. Y coger a todos sus miembros.

—De momento, sólo tenemos este cadáver, teniente. Y los muertos no hablan.

—Lo sé, maldita sea. De todos modos, tal vez sea mejor de momento mantener en secreto la muerte de Connelly, y dejar que los miembros de esa organización crean que sigue vivo, en alguna parte.

—¿Cree que eso será beneficioso para nosotros? —dudó el sargento.

—No lo sé —confesó el oficial de Homicidios—. Pero quizás si se ponen nerviosos ante la falta de noticias de su compinche, hagan algo que les delate. Es una posibilidad, cuando menos.

El teniente no podía saber que la organización criminal no podía sentirse inquieta en lo más mínimo por la suerte de su asesino profesional, Scott Connelly, alias *Derek Danvers*, porque un falso Derek Danvers se hallaba ahora ocupando su lugar en Santa Rosa. El destino había jugado una buena pasada a Duke Slatery, pero una bastante mala al Departamento de Homicidios de San Francisco.

CAPÍTULO III

Duke Slatery se abrochó su flamante uniforme azul pálido. Una placa provisional, con el nombre de «Danvers» escrito con rotuladora sobre cinta adhesiva, aparecía sobre su pecho. Wood, el jefe de enfermeros, acababa de darle el alta provisional como empleado de la entidad.

—Ya estamos en danza —murmuró, saliendo el porche para ocuparse de su nueva tarea como enfermero—. Dios dirá lo que sucede...

Contempló a las personas reunidas en grupos en la zona del césped. Todo parecía allí apacible y tranquilo. ¿Quién podía imaginar que nadie introdujese a un asesino profesional para cometer un doble crimen en semejante lugar de reposo y sosiego.

Sin embargo, así era. Un médico y una paciente corrían peligro mortal porque alguien había contratado a una organización secreta de asesinos para ejecutar a ambos dentro de la residencia Maddox. Los motivos, eran un completo misterio para Duke. Y también la identidad del responsable de aquellas muertes por contrato.

Por suerte, él era el «ejecutor» en este caso, debido a un increíble azar del destino. Pero eso no era suficiente. Podía haber otro riesgo más serio e irreversible en cualquier momento. En cuanto los encapuchados o su misterioso jefe, oculto por la cortina, supieran algo o tuvieran la más mínima sospecha, él mismo estaría también en peligro mortal. Debía actuar y deprisa. Estaba seguro de no disponer de demasiado tiempo para advertir a aquellas personas de lo que les amenazaba. Por eso necesitaba localizar cuanto antes al doctor Lamont y a una mujer llamada Sharon Kelly.

Caminó resueltamente hacia el amplio césped donde se hallaban los pacientes enfrascados en la lectura o el juego. Apenas había pisado aquel suelo verde y jugoso, que cedía blandamente bajo su calzado, cuando una voz femenina lo interpeló:

—Vaya... Usted es nuevo aquí, ¿no es cierto?

Giró la cabeza. Una joven sentada en una silla plegable, había bajado el libro que leía para mirarle con una curiosa expresión en sus ojos color jaspeado. Era pelirroja y risueña. Tenía un espléndido tipo, y lucía unos *shorts* color granate que servían para exhibir la belleza de sus piernas esbeltas y bien formadas.

—Muy cierto, señorita —asintió él, cortés.

—Señora —le rectificó ella, sonriendo—. Señora Colby. Viuda hace un año.

—Lo siento. Es usted muy joven, por eso no imaginé...

—Eso dicen todos —dijo ella, encogiéndose de hombros—. No soy tan joven como parezco. Tengo ya veintisiete años.

—Oh, entonces empieza a ser ya una anciana —rió Duke, acercándose a ella.

—Me gusta usted... Danvers —dijo ella, tras consultar con la mirada su placa improvisada de identificación—. Aquí la gente es amable, pero no tiene sentido del humor. Eh, tiene una tez muy curtida. Parece más un viejo lobo de mar que un enfermero.

Duke arrugó el ceño. Ella había dado en el blanco. Era astuta y observadora, pensó con cautela. Debería tener cuidado con personas como aquella damita pelirroja llamada Stella Colby.

—Usted, en cambio, no ha sido demasiado amable conmigo —se quejó Duke jovialmente—. Llamarme *viejo lobo de mar*... bueno, resulta un poco decepcionante para uno.

—Perdone. No debí decir eso. Bien sabe que es un muchacho joven. Y algo más que eso: tremendamente atractivo, Danvers. Usted tiene «sexy», no le quepa duda. No, no quise llamarle lo que le llamé, sino solamente «lobo de mar». Tiene aspecto de marino, de haber recibido brisas de yodo y salitre en su piel.

—Acertó de lleno —dijo Duke con un suspiro—. He estado de asistente sanitario en un transatlántico, durante varios meses.

Era una buena mentira para salir del paso, y ella pareció creerla. Le miró con curiosidad y preguntó:

—¿Cuál es su nombre? El de pila, quiero decir. Eso del apellido queda muy ambiguo siempre, muy impersonal...

—Derek —dijo Slatery vivamente—. Derek Danvers, señora Colby.

—Puede llamarme también Stella, simplemente —le invitó, riendo—. Me gusta tener amigos. Sobre todo amigos como usted. Bienvenido al hogar de los chiflados.

—¿Chiflados, dice? —Duke enarcó las cejas—. Yo les veo perfectamente normales a todos...

—Pues esto no es un balneario, muchacho —se burló ella—. Estamos aquí por problemas de la cabeza, nos guste la idea o no. Yo sufro depresiones. Estuve a punto de suicidarme dos veces. Ahora confío en que me sanen en la residencia Maddox.

—Los métodos parecen muy eficaces.

—Yo no estaría tan segura.

—¿Por qué dice eso?

—Por nada. Pero no creo en milagros. El doctor Reeves parece pensar que esta terapéutica es la ideal, pero hay compañeros míos que siguen tan desquiciados como al ingresar. Aparentemente, somos un grupo de gente normal, pero no se fíe de eso. Verá muy pronto que podemos crear considerables problemas a todos ustedes.

—Atenderé sus problemas, encantado, Stella —prometió Duke, sonriente.

—Es usted un encanto, ya lo dije —rió ella con frivolidad—. Creo que voy a sentirme mucho mejor a partir de ahora, querido. No se aleje demasiado de mí, por favor.

—Lo procuraré —dijo Duke, guiñándole un ojo y disponiéndose a alejarse de ella. En ese momento, se le ocurrió comentar como al azar —: Por cierto, ¿dónde anda la señorita Kelly? Me dieron un encargo para ella...

—¿Sharon Kelly? —preguntó Stella, repentinamente seria, mirándole con una cierta extrañeza.

—Sí, creo que sí —admitió gravemente Duke, empezando a notar que pisaba terreno poco firme, sin saber la razón exacta.

—Es raro. ¿Quién le dio ese encargo?

—Bueno, alguien que acaba de llamar por teléfono...

—Dígaselo entonces al jefe de enfermeros, Wood, o al doctor Reeves. Ellos podrán dárselo con seguridad absoluta, pero yo no. Me sorprende que me haya preguntado eso, Derek.

Y se metió tras su libro, continuando la lectura con cierto aire hostil y desconfiado hacia él. Duke estuvo seguro de que en algo había cometido un error, pero no sabía en qué exactamente.

Se dispuso a seguir su camino por entre los pacientes, observando a éstos. Pero al volverse para reanudar la marcha, se llevó un sobresalto. El enfermero Kane, el que le recibiera a su llegada a la residencia Madoox, le estaba contemplando fríamente, erguido en el césped, con las manos en los bolsillos de su pantalón azul claro.

—¿Por qué preguntó por Sharon Kelly? —indagó con tono seco.

—Bueno... alguien me dio un encargo para ella cuando venía hacia acá, y pensé que no quebrantaría las normas del establecimiento darle ese recado personalmente... —pergeñó con rapidez una excusa Duke Slatery.

—No quebranta ninguna norma. Pero me sorprendió que conociera a nuestra paciente más rebelde.

—¿Rebelde?

—Sí —suspiró Kane, afirmando con la cabeza y acercándose a él—. Ahora está internada en la galería superior.

—¿La galería superior? —repitió Duke, enarcando las cejas interrogativo.

—La de castigos —sonrió el enfermero Kane, moviendo los hombros con indiferencia—. Bueno, castigos «suaves», se entiende, nada de medidas disciplinarias. Sólo consiste en aislar al paciente rebelde y mantenerle así hasta que rectifica.

—Entiendo. ¿Qué clase de rebeldía es la de esa paciente?

—Se niega a aceptar tratamiento, se enfrenta a médicos y enfermeros, incluso ha llegado a la violencia. Alega que está perfectamente sana y que no desea ser tratada como una enferma, y cosas así, ya sabe.

—¿Y está realmente sana?

—Mire, Denver, todos los enfermos mentales aseguran estar perfectamente sanos. Esa chica no es ningún caso desesperado.

Sencillamente, sufre crisis agudas de nervios y una profunda depresión. También tiene manías persecutorias y cosas así, pero no está loca ni mucho menos. Aquí no aceptamos locos, sino simples enfermos de psicosis o neurosis determinadas. Sharon Kelly es una paciente más. Pero mientras todos se someten al régimen interno de la Residencia, ella no lo acepta y hasta arroja la comida o agrade a sus médicos y enfermeros.

—Un caso difícil, ¿no?

—Así es. Me extraña que le diese alguien un recado para ella. Sus familiares son los que la internaron aquí, y viven en Sacramento.

—Bueno, la persona que me dio el encargo, ni siquiera se identificó —Duke se pasmaba a veces de su innata facilidad para urdir mentiras rápidas—. Era una joven que declaró ser amiga suya de hace algún tiempo...

—Bien, carece de importancia, después de todo —comentó—. Pero olvídense momentáneamente de esa chica. El castigo le fue aplicado personalmente por el doctor Reeves, nuestro director. Y no le será levantado hasta que pida disculpas y prometa comportarse normalmente. Pero no tema por ella: todo se limita a estar sola, aislada en la planta alta, el ático de este edificio, atendida por un servicio de enfermeros y sin compartir la vida normal con los demás. Eso es todo. Aquí no se aplican tratamientos de *shock*, camisas de fuerza ni barbaridades por el estilo. Todo eso pertenece a la Edad Media de la Medicina, según el doctor Reeves.

Kane se alejó, poniéndose a charlar con un grupo de pacientes que jugaban sobre el césped a algo muy parecido a la petanca europea, pero con bolas de plástico. Duke siguió su recorrido entre los demás pacientes, comprobando que el clima de camaradería y adaptación entre todos ellos era inmejorable.

Sus servicios fueron requeridos a media tarde, para atender a dos pacientes, a quienes tuvo que inyectar determinadas medicinas de tipo sedante. Salió bien de la prueba, porque Duke dominaba ese aspecto de los primeros auxilios. Al salir, una enfermera joven, muy rubia, le detuvo en la puerta del botiquín.

—Me han dicho que eres el nuevo —habló, mirándole fijamente.

Asintió Duke con la cabeza, observando que la enfermera rubia era un auténtico bombón en lo físico. Cuerpo espléndido, formas turgentes, rostro hermoso y maliciosamente pícaro. Se acercó tanto a él que le rozó con la punta de sus agresivos senos, marcados por la corta bata azul.

—Sí, lo soy —sonrió Duke—. ¿Y tú?

—Ya ves mi placa de identidad: enfermera Vincent. Lorna Vincent. ¿Te gusto?

Duke enarcó las cejas. Las mujeres de la residencia, pacientes o

enfermeras, tenían un peculiar modo sincero y directo de dirigirse a los hombres.

—Así es —admitió—. ¿Cómo no va a gustar una chica de tu físico, Lorna?

—Eso está bien. La gente del sexo masculino de esta clínica no vale nada. Tú eres diferente. Todo un tipo —se frotó con él, casi provocativamente—. Te veré luego, querido. ¿Eres tú el que se interesó por Sharon Kelly?

Duke se puso en guardia de inmediato. Era raro que esa noticia hubiera circulado tan deprisa, sobre todo vista la indiferencia con que acogieran su pregunta la enferma Stella Colby y el enfermero Kane. Pero al parecer, allí las noticias volaban. Tendría que tener mucho cuidado en lo sucesivo.

—Sí —admitió—. No tuvo importancia. Me dieron un recado para ella, es todo.

—Yo puedo dárselo —sonrió la rubia—. Hoy me toca servicio en el ático, donde están las habitaciones de castigo. Veré a Sharon Kelly a la hora de la cena.

—No, gracias —rechazó Duke vivamente—. Prefiero informarla personalmente.

La enfermera Vincent pareció contrariada. Le dirigió una mirada algo fría y se apartó de él. Se encogió de hombros, iniciando la retirada.

—Como quieras —dijo—. Pero tendrás que esperar varios días como mínimo. Esa chica no tiene remedio. Ha vuelto a rebelarse hoy, en su estancia de castigo. Eso le costará un recargo en el mismo. A pesar de cuanto trate de ayudarla el doctor Lamont...

Y se alejó, algo despechada, moviendo cadenciosamente sus caderas y nalgas, con un taconeo rápido y sinuoso, tras hacerle a Duke un mohín de burla.

Duke se quedó pensativo, meditando las palabras últimas que pronunciara la enfermera de cabellos rubios. Había nombrado al doctor Harvey Lamont, la segunda víctima señalada por la organización de los encapuchados asesinos de Chinatown. Y parecía estar muy al lado de su paciente, Sharon Kelly, en aquel acto rebelde de ésta.

—Tengo que ver al doctor Lamont sea como sea, y hablar con él del asunto —se dijo Duke Slatery, caminando ceñudo hacia el exterior.

CAPÍTULO IV

Duke Slatery se sentó en el lugar señalado de una larga mesa destinada a los enfermeros de la residencia Maddox. En otra mesa inmediata, se acomodaban los médicos que formaban el cuadro facultativo del centro.

Era la hora de la cena. En una tercera mesa, ya estaban acomodados los pacientes, que hacían vida en común con sus médicos y cuidadores, conforme a las normas terapéuticas del doctor Maddox, seguidas fielmente por su discípulo, el doctor Shelby Reeves, director de la residencia.

Todo aquel amplio recinto, bien alumbrado y dispuesto, tenía cierto aire familiar, hogareño, desde el detalle de la gran chimenea, ahora sin encender, los muros cubiertos de maderas nobles, el artesonado del alto techo y los vidrios emplomados de las ventanas. Nadie, en aquel recinto, hubiera asociado el lugar con una casa de salud. Esa era, al parecer, la obsesión del doctor Reeves, como discípulo y seguidor de la tarea del difunto doctor Maddox, creador de aquel centro clínico.

Tal vez por ello, los comensales entremezclándose en ellos ambos sexos a su entero antojo, charlaban animadamente entre sí, como invitados a una recepción de tipo social cualquiera. Ni pacientes ni enfermeros ni médicos. Quería darse la impresión de que todos eran iguales. Pero algo, pese a lo bien construido de aquella atmósfera, no acababa de cuajar, a juicio de Duke. Era como si algo no funcionara, y revelase lo artificioso de aquel ambiente hogareño y familiar.

—Mi querido amigo Danvers, esta noche le toca guardia, por ser su primer día entre nosotros —le informó el jefe de enfermeros, Kirk Wood, pasándole la bandeja de comida para que se sirviese en su plato, y sonriendo amistosamente—. Es una vieja costumbre de la casa: el nuevo siempre se estrena con una guardia nocturna.

—¿Qué debo hacer durante la misma? —se interesó Duke, tomando de la bandeja un trozo de carne asada, patatas y zanahorias de guarnición, y un poco de salsa, antes de pasar a su vez los alimentos a su inmediato vecino, el enfermero Kane.

—Poca cosa. Los pacientes dan escaso trabajo de noche. Su misión principal consistirá en recorrer cada hora las tres plantas de la residencia, comprobar que todo está en orden, atender alguna posible llamada telefónica nocturna, e informar al médico de guardia, si es que hay alguna novedad importante. Eso será todo, enfermero Danvers. Como ve, bien poca cosa. Podrá descansar durante la guardia en un cuarto habilitado para ello, en la primera planta. Allí tiene café, lectura y cuanto precise, así como una pequeño radio a transistores con auriculares, por si desea oír música sin molestar a los que duermen.

—Piensan en todo, ¿eh? —sonrió Duke.

—Casi en todo —rió Wood, encogiéndose de hombros—. Su turno empieza a las nueve y termina a las seis. A esa hora será relevado. ¿Alguna otra pregunta?

—No, supongo que no —rechazó Duke atacando los alimentos con buen apetito.

—Ah, por cierto, el médico de guardia esta noche será el doctor Lamont —le informó Wood, casi sobresaltándole—. Un hombre amable y cordial como pocos.

El doctor Lamont.

Era curioso. Otra coincidencia en una larga cadena de ellas. Su primera noche de estancia y de servicio en la residencia Maddox, y ya iba a ver al doctor Lamont, sin ninguna otra persona por medio para dificultar sus propósitos. Si hubiera sido él realmente la persona destinada a cometer dos asesinatos, los acontecimientos no hubiesen podido presentarse mejor para sus siniestros planes.

Fría, calmadamente, cenó en medio de la conversación animosa de todos sus compañeros. De soslayo miró varias veces a la mesa de los médicos, donde se hallaba presidiendo la cena el doctor Shelby Reeves, director del establecimiento. No faltaba tampoco la doctora Langdon, que le recibiera a su llegada, junto con otros médicos de ambos sexos. Uno de ellos era Harvey Lamont, el hombre señalado para morir. Las misma gafas de montura metálica, los ojos sagaces, el cabello ligeramente canoso en sienes y patillas...

Duke creyó advertir en aquel rostro que conocía solamente por una fotografía, cierta sombra de preocupación que asomaba, pese a sus esfuerzos por charlar de modo animado, con sus colegas de la mesa.

Terminada la cena, se desalojó ordenadamente el local. Los pacientes fueron a una amplia sala, destinada a ver la televisión, leer libros o revistas, jugar al ajedrez o charlar. Los enfermeros fueron a sus ocupaciones, y los médicos a sus alojamientos dentro del recinto clínico.

A las nueve en punto, no quedaba ya nadie levantado o fuera de sus habitaciones. La calma y el silencio comenzaron a reinar en la residencia psiquiátrica. Duke fue al primer piso y comprobó que su pequeña estancia de guardia era todo lo confortable que le dijera Wood. Había una pequeña litera donde descansar durante las horas de servicio en que no hubiese trabajo alguno. Encima de una mesita, aparecía un ejemplar de un diario de la fecha, a su disposición.

La primera hora fue totalmente destinada a la lectura. Ni un alma deambulaba por los corredores del edificio. Repentinamente, éste parecía cobrar un aire inquietante, en medio del silencio y la soledad de la noche. Sus corredores recubiertos de paneles de madera noble, su aire de casa señorial, quizás resultaba peor en esos momentos que

el ambiente aséptico de una clínica cualquiera.

A las diez hizo su primera ronda. Bajó a la planta inferior, que recorrió minuciosamente. Pasó a la primera, luego a la segunda, y finalmente al ático. Una vez allí se detuvo, enfrentándose a un largo corredor en silencio. Dos puertas parecían cerradas en su totalidad, pero todas disponían de una especie de mirilla que se podía abrir desde fuera para ver el interior de la cabina. Algo que no había en el resto de la casa. Contó ocho puertas. Cuatro a cada lado. Abrió la mirilla de la primera y miró al interior.

No descubrió nada. La claridad del alumbrado exterior de la finca, filtrándose por una ventana enrejada, iluminaba una estancia fría, de muros desnudos, con una cama empotrada y muebles sujetos al suelo, como en los barcos. No había nadie.

Cerró la mirilla. Una de aquellas puertas guardaba a la mujer que le interesaba en esos momentos: la paciente Sharon Kelly, sentenciada por alguien a morir violentamente. Esta era la zona reservada a los «castigos», como le dijera el enfermero Kane.

Miró por el hueco de una segunda puerta. Igual resultado negativo. Y también una tercera. Miró a las otras cinco que aún quedaban. Sabía que estas atribuciones no entraban en el servicio de guardia como enfermero. Pero era una buena ocasión para ver personalmente a Sharon Kelly. Quizás la mejor.

Se acercó a la cuarta puerta. Alzó la mano para abrir la mirilla. Creyó percibir un leve ruido al otro lado de la ventanilla.

Iba a abrirla ya para mirar, cuando la helada voz sonó a su espalda:

—¿Qué está haciendo aquí, enfermero?

Dominando su sobresalto, se volvió, fingiendo indiferencia. Se encontró frente el doctor Lamont, que le miraba con recelosa hostilidad.

—Oh, perdone... Estaba comprobando si todo se halla en orden... —se excusó—. Soy el enfermero Danvers, y estoy de servicio de guardia por ser mi primer día en la residencia...

—Sí, ya lo supongo. Nunca le había visto antes de ahora manifestó secamente el médico—. Yo soy el doctor Lamont, y también estoy de guardia. No le habrá dicho nadie que abra esas mirillas durante su servicio...

—Pues no, no creo. Pero imaginé que no era ninguna transgresión, doctor.

—Lo es. No tiene por qué hacer eso. De modo que será mejor que siga su ronda normalmente. Es todo, enfermero Danvers.

—Sí, doctor... —vaciló. Tenía que decirle algo, avisarle del peligro que corría, pero juzgó que era el momento menos adecuado para eso. La hostilidad del médico hacia él era evidente en estos instantes—. Sí, perdone. No volverá a ocurrir.

—Eso espero, por su propio bien —fue la amenazadora respuesta del doctor Lamont, cuya simpatía y cordialidad, citadas por Wood, no aparecían ahora por parte alguna.

Duke Slatery regresó a su cabina de guardia. Se sentó en la litera, tomando el periódico, pero ni siquiera veía las letras mientras pretendía leer. Su mente funcionaba con rapidez y a toda presión.

¿Por qué le prohibían mirar a la cámara de castigo ocupada por Sharon Kelly? ¿Por qué el doctor Lamont se mostraba tan áspero en ese sentido? ¿Qué hacía él allí arriba durante las horas de guardia de noche?

Eran muchas preguntas, quizá demasiadas. Y no tenían respuesta. Estaba seguro ahora de la puerta que correspondía a la habitación —¿o tal vez *celda*?—, de Sharon Kelly. A menos que hubiese más «castigados», allí detrás había percibido ruidos leves, la presencia de alguien. Harvey Lamont había estropeado todo con su inesperada aparición.

Debía resignarse con el curso de los acontecimientos. Le gustara o no. Por esta noche temía que no iba a haber más novedades en este sentido.

En eso, Duke Slatery se equivocaba totalmente. Pronto iba a comprobarlo.

* * *

Se adormiló profundamente casi una hora. Luego hizo la segunda ronda, pero ya no se atrevió a aproximarse a las puertas del ático, limitándose a asomar su cabeza a aquel desierto corredor, rutinariamente.

Y lo mismo hizo a las doce, a la una...

A las dos menos cuarto, tras vencer el sueño hojeando un libro de aventuras, algo llamó su atención.

Era un ruido leve en el corredor cerca de su cabina. Rápido, se puso en pie, asomado al exterior. Para su sorpresa, se encontró con Stella Colby, la enferma que había tratado de suicidarse dos veces, la misma con quien charlara aquella tarde en el jardín.

Ella le sonrió haciéndole vivamente un gesto con su dedo sobre los labios, para invitarle a guardar silencio. Duke enarcó las cejas, sorprendido. La miró, interrogante, mientras ella se aproximaba, sigilosa. Observó que calzaba unas chinelas de suela de goma, que no producían el menor ruido.

—Vengo a hacerle un favor, Danvers —dijo en voz baja, cuando estuvo ante él.

Duke la hizo entrar en su cabina y entornó la puerta. Ella sonrió. Se envolvía en una bata que dejaba ver parte de su muslo y dibujaba nítidamente sus bellos senos.

—¿Que hace aquí? —murmuró, mostrándose hosco—. Esto va contra las normas, supongo.

—Supone bien. No está permitido salir de las habitaciones durante la noche.

—¿Entonces...?

—Ya se lo dije: vengo para hacerle un favor —suspiró ella, sentándose en la litera con desenvoltura, sin importarle que los faldones de su bata se abrieran, dejando al aire un par de hermosas pantorrillas enfundadas en medias color humo.

Duke temió que el «favor» que venía a hacerle la paciente fuese de determinado cariz. Era posible que una enferma psíquica sufriera de ninfomanía, pensó alarmado.

—Temo no entenderla —dijo, para mantenerse alerta.

—Lo entenderá pronto. Ya le dije que usted me parecía atractivo. Me cae bien.

—Sí, lo recuerdo —miró a la bella pelirroja, sintiéndose más incómodo aún—. Pero este no es momento de discutir estas cosas, Stella. Voy a iniciar mi ronda habitual dentro de cinco minutos...

—Por eso estoy aquí. Esperé al momento más adecuado.

—Más adecuado ¿para qué? —desconfió Duke.

—Es usted tremendamente preguntón, mi querido lobo de mar —rió ella suavemente—. Creí que le interesaba ver a Sharon Kelly.

—¿Sharon Kelly? —Duke se puso rígido—. Y me interesa, es cierto. Pero está encerrada como castigo...

—Claro. ¿Sabe usted dónde está?

—Sí. Pero no puedo verla. El doctor Lamont no lo permite.

—Para eso he venido. Yo puedo mostrarle a esa chica, Danvers.

—¿Usted? Si nos sorprenden a los dos en el ático, habría un escándalo fenomenal en esta casa.

—Ya lo sé —dijo Stella Colby jovialmente—. Pero nadie tiene por qué sorprendernos allí.

—¿Cómo piensa hacerlo? El médico de guardia también efectúa rondas de vez en cuando...

—No ahora. Acabo de ver al doctor Lamont en su oficina. Está profundamente dormido. Si obramos con cautela, no nos sorprenderá. Vea esto —dijo, hundiendo una mano en el bolsillo de la bata.

La extrajo enarbolando algo pequeño y metálico, que brilló a la luz de la lámpara de la cabina que ocupaba Duke durante su guardia. Este enarcó las cejas.

—Una llave... —susurró—. ¿De quién es?

—Eso no le importa demasiado. Lo que cuenta es que es una llave.

—¿De dónde?

—De la celda de Sharon Kelly en el ático —sonrió apaciblemente Stella.

—Cielos... ¿Cómo ha podido conseguirla?

—No fue difícil. ¿Qué tal si subimos al ático y visitamos a nuestra común amiga Sharon unos momentos? Usted podrá darle su recado, y yo charlar un poco con ella y saber cómo va su castigo.

—Es una locura —dudó Duke, perplejo—. Podrían despedirme de aquí por esto.

—Lo harán, no lo dude, si nos encuentran en esta aventura. Pero creí que usted era un tipo que gustaba de los riesgos, Danvers. Un aventurero dispuesto a todo.

Aquella pelirroja poseía sin duda un gran sentido de la intuición. Había acertado de lleno. Pero el riesgo seguía siendo grande. Si era expulsado de la residencia Maddox, ya no podría intentar lo que estaba intentando: impedir un doble crimen sin aparente sentido.

—Bueno, es que usted tiene unas ideas, Stella, realmente terribles —se quejó Duke, vacilante—. Después de todo, ni siquiera conozco a esa damita. Sólo le dije que me habían dado un encargo para ella, eso fue todo...

—Por eso me he preocupado de ayudarle. Si tiene interés en verla por lo que sea, no sólo no pondré impedimentos, sino que le ayudaré. Eso del «encargo» no me convenció en absoluto. Usted es nuevo aquí, y apenas llega pregunta por Sharon Kelly, que está incomunicada por haber pretendido escapar de aquí en varias ocasiones y haber provocado escándalos, enfrentándose a los médicos. Tal vez sea usted un amigo o un amante suyo. Eso no me importa. Pero Kane andaba por el jardín cuando me preguntó, y preferí fingir indiferencia por la cuestión.

—¿Hace todo esto entonces por su compañera Sharon?

—Y por un tipo que me gusta: usted —rió ella, frívolamente, incorporándose lentamente y pegando su cuerpo al de Duke con provocativa intensidad—. Quiero que seamos amigos durante el tiempo que permanezca aquí. *Muy* amigos los dos... tenga lo que tenga con Sharon. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —se decidió Duke, resueltamente—. Palabra que no hay nada con Sharon Kelly. Sólo una cuestión muy importante a discutir con ella... si aún es tiempo. Ese encierro arriba, incomunicada, empieza a preocuparme, así como el afán de los médicos y enfermeros por mantenerla así a todo trance. Empiezo a preguntarme si las cosas en este lugar son tan dulces y tan humanas como pretenden hacer creer.

—Eso me lo he preguntado ya muchas veces antes de ahora —confesó ella, encogiéndose de hombros. Luego le hizo un gesto expresivo—. Vamos ya. No debemos perder tiempo, si quiere ver a esa chica. Esta llave debe volver a su sitio de origen antes de que nadie note su falta. En marcha, Danvers, no dude más.

Duke cedió a los consejos de la pelirroja. Salieron sigilosamente de la cabina, y tras comprobar que no se percibía ruido alguno en la casa, subieron al ático sin perder tiempo, pero sin producir el menor roce audible con sus pisadas. De nuevo en el largo corredor silencioso de la planta más alta del edificio, ambos se miraron entre sí.

—Es la puerta número dos de ese lado —dijo roncamente Duke.

Ella asintió. Se encaminaron a aquella puerta que él no había llegado a abrir horas antes. La llave fue introducida por Stella en la cerradura, sin la más leve vacilación. El corazón de Duke palpitaba con vivacidad. Estaba a punto de ver personalmente a Sharon Kelly. Y de saber exactamente cómo eran los castigos aplicados por el doctor Reeves a sus pacientes rebeldes.

La puerta cedió lentamente, con un leve chirrido de sus goznes no demasiado bien engrasados. Del interior llegó una voccita apagada, confusa:

—¿Qué ocurre? ¿Quién es, a estas horas? No quiero... no quiero ver a nadie... no quiero más tratamiento, por el amor de Dios... No más, por favor...

Aquella voz revelaba miedo, angustia, una extraña sensación de dolor y de agonía. Duke se sintió conmovido y furioso a la vez. ¿Eran éstos los famosos métodos humanitarios y revolucionarios de la psiquiatría, aplicados por la residencia de Maddox a sus pacientes?

Stella cambió con él una mirada de asombro y de horror. Cuando se enfrentaron con la realidad del interior de aquella auténtica celda de paredes desnudas y escasos muebles sujetos al pavimento, idéntica a las que viera inicialmente Duke, todo fue aún peor.

Sharon Kelly reposaba en la litera empotrada contra el muro, tendida cuan larga era, boca arriba. No hubiese podido estar de otro modo. Anchas correas de cuero sujetaban su cuerpo a la cama, manteniéndola forzosamente sujeta e inmóvil. Un fuerte olor a medicamentos se captaba en la estancia. Al inclinarse hacia la joven —la misma atractiva muchacha de la fotografía obtenida en Chinatown aquella noche—, Duke observó el brillo mortecino de sus ojos, la palidez de su piel, la transpiración que hacía brillar el rostro y mojaba cabellos y ropas.

—Esta mujer está drogada —dijo roncamente Duke, dominando su ira.

—Maldita sea, ya lo creo que lo está —confirmó sordamente Stella Colby, con tono desabrido—. Esto es una canallada, una infamia. Ni siquiera en los peores manicomios se hace algo así con una paciente difícil hoy en día.

—Pues aquí lo están haciendo, bajo la máscara de su bondad de métodos y todo eso —dijo Duke, examinando más atentamente a la muchacha allí tendida en casi total inconsciencia. Limpió suavemente de sudor su rostro y pasó una mano acariciadora por los cabellos de la

joven—. Cállese, Sharon. Nadie va a drogaria ahora.

—No quiero... no quiero... —gimió ella, debatiéndose débilmente en la cama—. Juro que nunca más intentaré escapar... Lo juro... No. No quiero más drogas... No quiero seguir teniendo sueños horribles, aquí sola, encerrada, lejos de todos... Sáqueme de aquí, por el amor de Dios...

—Eso es algo que, de momento, no puedo hacer —confesó Duke con voz ronca—, Pero voy a prometerle algo, Sharon: soy un amigo. Y la sacaré de aquí en cuanto pueda. Juro que lo haré, criatura.

Cambió una mirada con Stella, que parecía tan furiosa como él mismo. Luego, habló con rapidez.

—Tenemos que salir de este lugar. Si nos sorprenden en él, posiblemente yo sea despedido, pero usted pasaría a sufrir todo cuanto ahora sufre Sharon. Evidentemente, esta clase de «terapia» forma parte de los procedimientos de la casa para evitar que nadie se revele ni intente escapar de aquí. Y creo saber la razón, en el caso de Sharon Kelly...

—¿No vamos a hacer nada por esta pobre muchacha? —se lamentó Stella.

—No podemos hacerlo. No tenemos medios para sacarla de aquí y ponerla a salvo, compéndalo. Si solamente la extraemos de esta celda, el castigo sería luego infinitamente peor, y ya no habría forma humana de llegar hasta ella para el rescate. Creo que en un caso como éste, sólo existe una posible solución.

—¿Cuál? —se interesó ella.

—La policía —dijo glacialmente Duke, tomando de una mano a su compañera de correría nocturna, tras oprimir afectuosamente el hombro de Sharon, y saliendo prestamente de la celda—. Cierre con esa llave y procure obtenerla otra noche, cuando yo se lo diga. Voy a preparar las cosas para sacar de este maldito establecimiento a la chica.

—Cuenta conmigo, Danvers —prometió Stella vivamente, asintiendo con su roja cabeza repetidas veces—. No puedo soportar la idea de que ella permanezca ahí encerrada, sometida a ese tratamiento inhumano.

—Yo tampoco. Pero hemos de mantener la calma y obrar serenamente, si queremos salvarla a ella y evitar que también sobre nosotros caigan las represalias de quien dispuso semejante tortura. Piense que vivo solo en el mundo, y nada les resultaría más fácil a esta gente que deshacerse de nosotros de un modo rápido y definitivo, si les creamos demasiados problemas.

—¿Va a avisar a la policía tal vez?

—Si nos falla el plan de rescate de Sharon Kelly, sí —prometió Duke con energía, regresando ambos con rapidez y sigilo a la primera

planta, sin hallar a nadie en el camino.

En ese momento, cuando doblaban la esquina de la escalera, algo sucedió repentinamente. Las luces todas de la casa se apagaron. Duke sintió la proximidad de alguien que no era Stella Colby. Trató de protegerse de algo, y no pudo.

Sintió un formidable impacto en su cabeza. Todo el suelo pareció girar en torno suyo en las tinieblas. Oyó un grito de mujer que no supo si era de Stella o no.

Luego, se desplomó escaleras abajo, perdiendo por completo la noción de todo.

CAPÍTULO V

—¿Se encuentra mejor, Danvers?

Abrió los ojos con lentitud. Miró en torno. Las figuras inclinadas sobre él aparecían borrosas, como una imagen desenfocada. Pero gradualmente, cobraron perfiles concretos y pudo distinguir rostros y personas.

—No sé... —gimió, y la cabeza pareció estallar cuando sonó su voz. Cerró nuevamente los párpados y se quejó. La nuca le dolía horriblemente. Recordó de forma borrosa que le habían golpeado allí. Pero le era difícil reconstruir los hechos, antes de sufrir semejante impacto.

—Danvers, no intente moverse ni hablar si ello le causa dolores —le aconsejó alguien—. Es mejor que descanse, por el momento. ¿Le administramos un sedante, doctor?

—No, no —protestó Duke, pese a los intensos dolores que ello le produjo, anticipándose a la posible respuesta del médico interrogado—. Puedo soportarlo bien. No me gustan los sedantes...

—De acuerdo, Danvers —reconoció ahora la voz firme de la doctora Langdon—. No le administraremos ningún sedante. Pero no se esfuerce demasiado ahora. Esa herida tiene que dolerle mucho...

De modo que estaba herido. Alzó una mano. Se tocó la cabeza. Un ancho vendaje rodeaba su frente y se sujetaba a su nuca. Tocó algo húmedo en las vendas. Indagó:

—¿Es... sangre?

—Sangre y desinfectantes, sí —afirmó la doctora—. Le dije que no se moviera más que lo preciso. Será mejor que le dejemos solo ahora, Danvers. Por fortuna, parece estar fuera de todo peligro...

—Un momento —rogó Duke—. ¿Qué... qué ha ocurrido?

—¿Y usted lo pregunta? —se extrañó la voz del jefe de enfermeros, Wood—. Tendría que saberlo. Hubo una avería general en la luz. Debí sorprenderle en las escaleras, y se fue abajo, dando tumbos. Sufrió un buen golpe con el borde de uno de los escalones, en la nuca. Pudo haberse matado, amigo Danvers.

—Y... —vaciló. No podía preguntar por Stella Colby, que le acompañaba en ese momento. Ni protestar, diciendo que no se había caído hasta *después* de recibir el golpe, y que éste no se lo dio precisamente en un escalón—. ¿Y... eso es todo?

—Bueno, es todo lo relativo a usted —explicó Kirk Wood cuando él abría de nuevo sus ojos trabajosamente, contemplando a los que le rodeaban—. De lo demás, es mejor que aún no se entere.

—¿Qué es... lo demás? —insistió Duke. Y añadió, urgiendo rápidamente una mentira—. Creí oír a alguien en las escaleras cuando se apagaron las luces... Ahora lo recuerdo muy bien. También oí un

grito...

—Debió ser ella, la pobre —suspiró la doctora Langdon.

—¿Ella? ¿La pobre? —repitió Duke inquieto—. ¿A quién se refieren?

—A una de nuestras pacientes, Danvers —explicó calmosamente el enfermero Kane, presente también en la estancia, que identificó Duke como su dormitorio en la residencia—. La señorita Colby, Stella Colby... Tuvo peor suerte que usted. Nadie sabe lo que podía hacer por las escaleras a esas horas, contraviniendo el reglamento interno de este centro, pero lo cierto es que estaba allí cuando tuvo lugar la avería eléctrica. Debió perder el equilibrio. Lo cierto es que se cayó por el hueco de la escalera y... y se *mató*.

* * *

El último miembro de la asamblea se acomodó en un asiento de la mesa oval, ajustándose todavía la negra caperuza.

Ya estaban todos reunidos. Eran ocho los asistentes. Ante ellos, la espesa cortina roja permanecía inmóvil aún. Wang-Li, el chino ciego, acababa de darles la bienvenida, uno por uno, en la vieja casa de Chinatown, en San Francisco. Los encapuchados se miraban unos a otros, sin entender aquella apremiante cita convocada por su secreto jefe. Todos habían acudido urgentemente a la reunión especial a que estaban obligados a asistir.

Pero ninguno sabía, aún, los motivos de tal convocatoria.

Sin embargo, no por ello cambiaron palabra alguna entre sí. Silenciosos, expectantes, respetuosos, esperaban la llegada del patrón, el misterioso jefe siempre oculto tras la cortina.

Bruscamente, la cortina se agitó ante ellos. Fue como si una persona entrase tras ella, procedente de alguna puerta o ventana asomada al exterior. Ninguno de los asistentes sabía cómo. Si Wang-Li, el chino invidente, lo sabía, nunca había hablado de ello con nadie.

Tras un breve revuelo de la espesa pieza de tela roja tendida del techo al suelo y de un muro a otro en su totalidad, La voz profunda y fría brotó detrás de ella:

—Os estaréis preguntando todos por qué os he convocado con tanta urgencia aquí, alterando incluso vuestros planes profesionales más inmediatos.

—Así es, jefe —dijo uno de los encapuchados respetuosamente.

—Vais a saberlo en seguida.

—Algunos de nosotros ni siquiera hemos llegado a cumplir la misión encomendada.

—Eso importa poco ahora. Todo puede esperar, excepto lo que os ha traído aquí con tantas prisas.

—Tiene que ser algo muy grave, jefe —apuntó otro de los asistentes.

—Lo es. Muy grave. Escuchadme.

Hizo una pausa. Todos volvieron a mirarse entre sí, impacientes y en cierto modo, inquietos. La voz del misterioso personaje brotó de nuevo, lenta y firme:

—Un informador mío me ha traído una noticia importantísima esta misma tarde. Se trata de un hombre que trabaja para nosotros y ocupa un puesto en el Depósito Municipal de Cadáveres de la ciudad de San Francisco.

Otra pausa. Los encapuchados parecían no entender nada aún. La voz prosiguió con un raro e impersonal tono metálico y frío:

—Es uno de tantos lugares como me gusta controlar a mi modo. Y siempre resultan útiles estas medidas precautorias, como vais a ver. Ese informador me ha comunicado que hace tres días ingresó en ese depósito el cadáver de un hombre muerto en accidente de automóvil. Ese hombre ha sido identificado por la policía, aunque no ha trascendido la noticia ni se ha dado oficialmente a nadie. El cadáver correspondía a un hombre llamado Scott Connelly, alias *Frank Carson* y alias *Derek Danvers*.

—¡Connelly! —repitió con alarma uno de los enmascarados—. ¿No es él uno de...?

—En efecto. Es uno de ustedes —confirmó la voz—. El número siete.

—¡El número siete! —repitió la mujer que ocupara el asiento vecino a Duke en la anterior asamblea—. ¡Pero él estuvo aquí anteanoche...!

—Así es. Todos pensamos que estuvo aquí porque hubo un número siete que asistió a la reunión y se llevó el sobre con sus instrucciones personales. Y para ese momento, Connelly estaba ya muerto.

—¿Un impostor? —se alarmó otro de los encapuchados.

—Evidentemente.

—¿Policía acaso?

—Quizás. Pero no creo que lo fuese, o hubieran actuado ya contra nosotros. De cualquier modo, un impostor que aprovechó la ausencia de Connelly para mezclarse entre nosotros. Connelly fue arrestado por la policía, como les dije entonces y puesto en libertad por falta de pruebas..., entonces sufrió ese desdichado accidente, totalmente fortuito, como he comprobado.

—¿Y qué vamos a hacer? Ese hombre, sea quien sea, conoce nuestra existencia, nuestros secretos...

—Exacto. Por ello debe morir. Inmediatamente.

—¿Dónde estará ahora?

—Sé dónde está. Lo he comprobado aunque no entiendo bien cuál es su juego. Le di una misión, como a todos ustedes. Apparently está cumpliéndola. He llamado a un cierto lugar, donde tendría que estar el auténtico Connelly... Y me han contestado por teléfono que, efectivamente, se encuentra allí, aunque indispuerto por una caída accidental, y no podía ponerse al teléfono. De modo que sabemos

dónde está el falsario. La orden es terminante: matar a ese hombre.

—¿Quién debe hacerlo? —fue la pregunta de un asistente.

—Ya está decidido. El número tres se ocupará de él. ¿Conforme?

Una cabeza encapuchada asintió lentamente. Era la mujer sentada durante la junta anterior al lado de Duke Slatery.

—Conforme, jefe —dijo ella fríamente—. ¿Qué debo hacer?

—Ahí en el centro de la mesa hay un solo sobre. Recójalo. Dentro van las instrucciones precisas. Actúe hoy mismo, sin pérdida de tiempo. Ha oscurecido ya. Esta misma noche debe ir al lugar ahí señalado... y matar al impostor que ocupa el lugar de Scott Connelly, con el nombre de Derek Danvers.

—Muy bien. Cuente con ello. Dele ya por muerto.

—Lo sé. El número tres jamás ha fallado un misión —elogió fríamente el jefe oculto tras la cortina—. Márchese de inmediato. Y suerte. La asamblea, señores, ha terminado. Convocaremos otra cuando sepamos a ciencia cierta que el impostor ha dejado de existir y sepamos quién es él, exactamente. Es todo. Buenas noches, señores.

La asamblea había concluido. Se levantaron todos, iniciando el desfile hacia las calles sumidas en la densa niebla. El número tres, la mujer de cabello corto, belleza varonil y duros ojos helados, recogió el sobre de las instrucciones para matar.

Esa misma noche, emprendía viaje hacia Santa Rosa. Sabía lo que tenía que hacer. Y sabía cómo hacerlo.

* * *

El furgón fúnebre se alejó de la residencia Maddox llevándose el cadáver de Stella Colby con destino a la Morgue local. El sheriff del distrito, tras charlar prolongadamente con el doctor Reeves, como director y responsable de la clínica, saludó al resto del personal médico y se ausentó en su coche oficial, en pos del furgón. Un ambiente de tristeza y desolación quedó dentro de los muros de la residencia.

—Después de todo, quizás se suicidó en vez de caer accidentalmente —juzgó en voz alta la enfermera Lorna Vincent, moviendo su rubia cabeza con indiferencia, la mirada fija en los vehículos que se alejaban.

Kane admitió que podía ser así, y también Wood y hasta el doctor Reeves. Pero la doctora Langdon no dijo nada. Tampoco el doctor Lamont, que mostraba un rostro ensombrecido y preocupado, y que se apresuró a ausentarse del grupo que despidiera en la salida de la finca al cortejo fúnebre.

Duke Slatery, que había salido de su habitación sujetándose en las paredes para no desplomarse a causa de los mareos que le producían el intenso dolor de su cabeza herida, envuelta aún en vendajes, se

limitó a contemplar con triste expresión la marcha del furgón y del coche del sheriff, con éste y su ayudante.

Hubiera querido hablar con el representante de la ley en Santa Rosa, pero ¿qué podía decirle para convencerle de que estaba seguro de que la muerte de Stella Colby había sido un asesinato, y no un suicidio o un accidente?

No poseía evidencia alguna de todo eso. No podía revelar lo que sucedía con Sharon Kelly, porque eso significaría delatarse. Le despedirían, y negarían todo lo que él dijese. Alegarían que aquello formaba parte de un tratamiento determinado, y asunto resuelto. Duke había sacado la impresión de que entre el doctor Reeves y el sheriff local había una buena amistad.

Se sentía desolado, roto. Se culpaba de muchas cosas, entre ellas de la muerte de la infortunada Stella, la paciente pelirroja. No sabía a dónde había ido a parar la famosa llave de la celda de castigo de Sharon. Pero alguien debió hallarla en poder de la víctima cuando fue hallada muerta. O se la quitaron antes.

El asesino, cuando menos, *sabía* que ellos estuvieron arriba, viendo a la paciente sometida a tratamiento de drogas. ¿Por qué había matado a Stella y no a él? Pudo haberlo hecho sin demasiados problemas, a fin de cuentas.

Había muchos y muy extraños misterios en aquella residencia médica. Y cada vez veía menos clara la razón que pudiera existir para que una organización criminal de San Francisco decidiera la muerte violenta de dos personas tan dispares como el doctor Lamont y Sharon Kelly. Aquello no parecía tener el menor sentido. Pero era real, y eso es lo que contaba. ¿La muerte de Stella tuvo alguna relación quizás con la secta criminal de los encapuchados de Chinatown? Eso tampoco podía asegurarlo.

Fuese como fuese, estaba sumergido, hasta el cuello en un feo y oscuro asunto. Ahora estaba seguro de que alguien le vigilaría muy de cerca, estrechamente, procurando no delatarse. Había otro asesino en la residencia Maddox, aparte del supuesto criminal llegado de San Francisco, evidentemente...

No creía en absoluto en una avería eléctrica tan «oportuna» para la finalidad de alguien. Aquel apagón había provocado la muerte de Stella y su propio desvanecimiento, golpeado por la misma persona, sin duda, que asesinó a la enferma arrojándola desde la escalera una vez inconsciente.

Todo había estado preparado por una mano siniestra, capaz de todo con tal de alcanzar sus objetivos. Pero ¿qué objetivos podían ser éstos? Duke confesaba su ignorancia en ese terreno.

Golpearon suavemente en la puerta. Alzó la cabeza Duke, inquieto, autorizando a que entrase quien llamaba. La puerta se abrió. Su

visitante entró en la habitación con una sonrisa amistosa.

—Hola, Derek —le saludó.

—Hola, Lorna —saludó a la rubia enfermera.

—¿Cómo va esa cabeza?

—Psé... Algo mejor, parece.

—No lo dices muy convencido —sonrió su bella colega.

—Me duele horrores en ciertos momentos. No puedo moverme demasiado, o todo empieza a darme vueltas. El que me pegó, supo lo que hacía, maldito sea.

—¿El que te pegó? —preguntó ella, sorprendido el gesto, al repetir sus palabras aunque en tono interrogativo—. Creí que te habías caído.

—Yo nunca dije eso —replicó Duke, mirando fijamente a la joven.

—Los demás, sí.

—Lo que digan ellos me tiene sin cuidado. Yo sé lo que me pasó, mejor que nadie.

—Bien. ¿Y qué te pasó? —quiso saber ella, sentándose junto a él, en el borde de la litera, sin importarle que sus muslos fuesen visibles bajo la corta falda color azul pálido de su uniforme de enfermera.

—Estaba haciendo mi ronda nocturna de las dos de la madrugada. Se apagaron las luces cuando doblaba un recodo de la escalera principal. Entonces me golpearon en la nuca. Yo no me caí en ningún momento, salvo al ser golpeado por la espalda. Oí un grito de mujer antes de desmayarme y rodar por las escaleras. Tal vez fue Stella Colby quien gritó.

—¿Y qué hacía ella, una paciente, deambulando por la residencia a esas horas? —objetó la rubia Lorna Vincent, mirándole curiosa.

—No lo sé —mintió fríamente Duke—. Yo sólo sé lo que me pasó a mí.

—Eso no tiene sentido. ¿Quién podía querer atacarte? En seguida nos despertamos todos y acudimos a ver lo que sucedía en la escalera. También habíamos escuchado el grito de Stella. Pero estaba muerta, al pie de la escalera, tras caer por el hueco. Se había roto la base del cráneo.

—¿En qué consistió la avería de la luz?

—No lo sé. El doctor Lamont fue quien la reparó en el cuadro eléctrico.

—Lamont, ¿eh? —comentó Duke, pensativo, sin añadir más—. Lorna, personalmente creo que todo sucedió con un solo motivo.

—¿Cuál?

—Matar a Stella Colby.

—¿Matarla a ella? ¡Pero eso es ridículo, Derek! Aquí no hay asesinos...

—Eso es lo que tú imaginas. Yo sospecho otra cosa.

—¿Por qué dices eso? —le miró fríamente, con un extraño brillo en sus pupilas color claro—. ¿Es que sabe algo que yo no sé?

—No, nada —rechazó vivamente Duke—. Sólo son suposiciones.

—Eres muy extraño, Derek —apuntó la rubia, cruzando sus piernas sin importarle demasiado que ello permitiera vislumbrar hasta su translúcido slip color rosa—. Muy extraño. Primero hablaste de darle un recado a esa chica, Sharon Kelly, castigada en el ático. Luego, afirmas que te golpearon y no te caíste. Y que asesinaron a una paciente, Stella Colby. ¿No es todo eso demasiado misterioso?

—Quizás —entornó los ojos, escudriñando a la rubia—. Dijiste que tú atendías ayer a Sharon Kelly.

—Así es. Le serví la cena a las siete, como es habitual. Luego bajé a cenar con todos vosotros en el comedor general. ¿Por qué lo comentas?

—Por algo muy curioso: no sabía que una persona *drogada* pudiera tomar alimentos.

—¿Drogada? —pestañeó vivamente Lorna—. ¿Quién dice eso?

—Yo. La vi anoche, durante mi ronda, abriendo la mirilla de una puerta.

—Eso está prohibido, Derek —le reprochó Lorna Vincent fríamente.

—No lo sabía. El doctor Lamont me advirtió, pero ya era tarde. La había visto. Y puedo asegurar que estaba drogada. Además de ligada a su litera. En esas condiciones, nadie puede tomar una cena normal. ¿Por qué me has mentido?

—Preguntas demasiado —la frialdad y el recelo eran ostensibles ahora en la voz y el tono de la enfermera de los cabellos dorados y los grandes senos—. ¿Qué estás buscando aquí, realmente? No eres un enfermero vulgar, estoy segura.

—La doctora Langdon podrá probarte que sí. Tengo mi título y unas referencias inmejorables —la desafió audazmente Duke.

—Quizás. Pero hay en ti algo más que no entiendo —suspiró, moviendo la cabeza de un lado a otro. Se apartó del rostro un mechón de su pelo rubio desordenado—. Tienes razón en parte. Sharon Kelly tomó su cena. Después fue drogada de nuevo. Son órdenes.

—¿Órdenes de quién? —replicó Derek vivamente.

—De quien puede darlas aquí.

—¿El propio doctor Reeves?

—Por supuesto. Si le cuento esta conversación nuestra a él, serás inmediatamente despedido, Derek.

—O asesinado como Stella Colby.

—¿Otra vez eso? —se irritó ella, dando un taconazo en el suelo—. Mira, amigo. No existen los milagros ni tan siquiera en Medicina. Y menos aún en Psiquiatría. Todo eso de los métodos revolucionarios y humanísimos del doctor Maddox y del doctor Reeves es un puro cuento. Esto es un manicomio en toda la extensión de la palabra, donde a la gente se le da la ilusión de que es libre y dueña de sus

actos. Pero nadie, absolutamente *nadie*, puede salir de aquí si no queremos que salga. Los muros están electrificados, y hay ojos electrónicos por doquier, para seguridad interior, durante las noches especialmente. Están a punto de concederle al doctor Reeves una ayuda oficial de varios millones de dólares, y él no será tan tonto como para renunciar a esa posibilidad, sólo porque alguien como Sharon Kelly salga ahí fuera a gritar que todo es una patraña y que los métodos de Reeves en esta residencia, no distan mucho de los que utilizan los más duros especialistas en centros psiquiátricos de mala fama.

—Imaginaba algo así. Es como crear una gran ilusión colectiva. Los pacientes son drogados en ciertas dosis para que se muestren apacibles y tranquilos todo el día. Se les engaña vilmente. Pero quien es rebelde, como Sharon Kelly, pasa a ser aislada y reducida mediante drogas a una total invalidez física y mental. O quien sabe demasiado, como Stella Colby, es asesinada a sangre fría...

—Sobre asesinatos no sé nada —se apresuró a afirmar Lorna, alarmada—. En cuanto a todo esto, ¿por qué te preocupa tanto? ¿Qué eres? ¿Un policía?

—¿Policía yo? —Duke se echó a reír—. Eso sí tiene gracia, preciosa...

—Yo no se la veo. Vine a verte porque me gustas y lo sabes —se puso en pie con rapidez—. Pero empiezo a tener miedo de relacionarme contigo. Creo que eres una persona peligrosa.

—¿Vas a denunciarme, al doctor Reeves?

—No. No soy de esa clase de personas. No pienso hacer nada tan bajo —se mostró Lorna ofendida y le miró con expresión dolida—. Pero no quiero saber nada de ti en lo sucesivo. Y si se descubre algo, negaré haber hablado contigo de todo esto...

—No te preocupes Yo tampoco soy de esa especie. Por mí, nunca sabrá nadie cosa alguna respecto a esa charla amistosa que hemos tenido. Gracias por todo, Lorna. Creo que también me gustas bastante. Lástima que la situación no sea la más adecuada para un romance entre tú y yo...

Sonrió, mientras ella le miraba, dubitativa, y abandonaba la habitación, cerrando suavemente tras de sí.

Duke se relajó, con un suspiro, y cerró los ojos, meditativo. Las cosas iban cobrando forma, al menos en parte. Ahora sabía exactamente dónde se encontraba. Aquel «algo» indefinible que captara desde su llegada, y que no encajaba con el ambiente aparentemente familiar y cordial de la residencia Maddox, empezaba a tomar una forma concreta. Una forma que no le gustaba nada.

Estaba con sus ojos cerrados, respirando hondo y despacio, sumido en sus pensamientos, cuando oyó que la puerta se abría suave, casi sigilosamente. Tuvo un leve estremecimiento. Ya no se fiaba de nada.

Ni de nadie. Él, que había ido allí suplantando la personalidad de un asesino profesional, empezaba a tener miedo por su propia vida. Extraña situación la suya.

Entreabrió los párpados. Vio al hombre erguido ante él, estudiándole en silencio, con rara fijeza. Rápido, abrió del todo sus ojos.

—Buenas tardes, doctor Lamont —saludó, algo frío—. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Nada en particular —se encogió de hombros el doctor—. Soy médico, del mismo modo que usted es enfermero. Está dado de baja a causa de su caída. Venía a examinarle, por si se encuentra mal.

—No, gracias. Creo que voy mejorando bastante. Incluso salí a ver partir el furgón fúnebre que se llevaba el cadáver de Stella Colby.

—Ya le vi —dijo el doctor mordiéndose el labio inferior. La luz de la ventana se reflejó en sus gafas con un destello deslumbrante—. ¿De veras no necesita nada?

—No, nada, gracias—replicó Duke secamente—. No quiero que me droguen como a Sharon Kelly, doctor.

Disparó la andanada intencionalmente, jugándose el todo por el todo. Notó que hacía impacto. Harvey Lamont se estremeció de forma ostensible. Sobresaltado, le miró casi con agresividad.

—¿Qué es lo que dice? —masculló.

—Nada que usted no sepa. ¿Por eso me prohibió ver a la paciente encerrada arriba?

—Sí, se lo prohibí porque son las órdenes para todos. Sin excepción. Veo que ha quebrantado las normas. Tendré que informar al doctor Reeves. Eso significa el despido inmediato.

—Lo sé.

—¿No le importa? —arrugó el ceño el médico.

—No.

—Es usted un hombre raro. Muy seguro de sí mismo. ¿Qué busca realmente? Su actitud no es la de un enfermero vulgar.

—No soy enfermero.

—Que no es... ¿qué? —jadeó Lamont, estupefacto, mirándole con verdadera indignación.

—No soy enfermero. Pero no se preocupe por sus pacientes. He asistido a muchas personas enfermas de manera adecuada a lo largo de mi vida. Incluso llegué a operar en una ocasión a un hombre con gangrena en una pierna. Se la amputé sin más medios que un serrucho, una botella de whisky y una sábana limpia para hacer vendajes. Salvó la vida. También ayudé a dar a luz a una mujer en Macao, durante unas inundaciones catastróficas. Lo de la gangrena fue en Madagascar.

—Usted ha viajado mucho. Y ha hecho de todo, según parece. Pero si no es enfermero, debo denunciar de inmediato este fraude.

—Iba a denunciarme de todos modos, ¿no es cierto? —sonrió Duke.

—Usted me confunde, Danvers. ¿Por qué me confiesa ahora todo esto? ¿Cómo pudo ver anoche a la paciente aislada?

—Se lo contaré en otro momento. Sepa, sin embargo, que la vi. Eso debe bastarle. Su estado es lastimoso.

—Lo sé —musitó el médico, dejándose caer inesperada en el borde de la cama de Duke, con el rostro entre las manos—. Es una infamia lo que están haciendo a esa chica. Si tuviera pruebas para denunciarlo...

—Como médico, puede hacerlo. Puede denunciar los métodos del doctor Reeves y su intento de estafar a las autoridades sanitarias y al gobierno de los Estados Unidos.

—No hablaba solamente de eso. Sé cuál es el auténtico método clínico del doctor Reeves mejor que usted —confesó amargamente—. Pero denunciarlo significaría el fin de mi carrera. Él puede destruirme, si quiere. Al menos, como médico.

—¿Chantaje? —sugirió Duke, curioso.

—Algo parecido, sí. Una vez cometí un error. Él tiene pruebas de ese error, funesto en un médico. Si le intento destruir, me destruye a mí. Esa es mi posición. Pero lo del doctor Reeves, con ser malo, no es lo peor de todo.

—¿Por qué no se confiesa a mí? —le sugirió Duke—. Ahora sabe que no soy lo que parezco. Le diré más: soy un amigo. Un amigo suyo.

—¿Mío? —dudó el médico—. No lo creo.

—Debe creerlo. Le daré pruebas de eso en seguida. ¿Qué otra cosa ocurre aquí, que usted no puede demostrar?

—Se refiere a esa chica, Sharon Kelly. Es una infamia. Algo monstruoso.

—¿Va a decirme lo que es?

—Sí —le miró fijamente—. Creo que se lo diré, Danvers... ¿O tampoco se llama usted así?

—Tampoco —sonrió Duke—. Mi nombre real es Slatery. Duke Slatery.

—Cielos, es usted un hombre complicado, la verdad... —resopló tristemente el doctor Harvey Lamont, frotándose el mentón—. ¿Sabe que Sharon Kelly está tan sana como usted y como yo, y que su mente funciona a la perfección?

—Dios mío —jadeó Duke—. Imaginaba algo así. Siga, doctor.

—Ella ha sido internada aquí como víctima de un complot. Sus familiares, Kenneth y Helen Kelly, primos hermanos de la joven, han pagado al doctor Reeves una enorme suma para que él la considere enferma mental y la interne aquí. Por eso intentó en varias ocasiones escapar, sin resultado práctico. Está desesperada. Ahora, encerrada allí y sometida a drogas constantemente, tratan de impedir que lo intente de nuevo, y reducirla de verdad a un estado de postración psíquica total. Pero el doctor Reeves sostiene que ella sufre una neurosis aguda,

cosa que apoyan sus familiares. De ese modo, ella pierde sus derechos a una herencia de gran cuantía, que pasa a ser propiedad de sus primos, si el veredicto de demencia resultase de carácter incurable, como pretende el doctor Reeves. La muerte y la locura son las dos circunstancias en que una heredera pierde totalmente los derechos a su herencia.

—La muerte o la locura... —reflexionó Duke, mirando pensativo a su interlocutor—. Tal vez usted haya dado en la diana, doctor...

—¿A qué se refiere? —se extrañó el médico.

—No sólo hay una conspiración para enloquecer a esa muchacha a viva fuerza y hundirla en las tinieblas de la demencia. También intentan asesinarla.

—¿Asesinarla? No, el doctor Reeves no se atrevería a tanto... —rechazó vivamente el médico.

—Quizás. Pero le voy a confesar algo, doctor: yo he venido aquí con una misión muy concreta. Y esa misión consiste en matarles a usted y a la señorita Kelly... Me han pagado cinco mil dólares anticipados por ello, y tendría que cobrar otra suma, una vez cumplida la tarea. ¿Por qué hay alguien interesado en eliminarles a usted y a ella, doctor Lamont?

CAPÍTULO VI

Harvey Lamont devolvió en silencio a Duke el papel que éste acababa de extraer de debajo de la suela de uno de sus zapatos, para que lo leyese. Era el documento mecanografiado donde se le encargaba el doble asesinato.

Los ojos del médico le miraron a través de las gafas, sombríamente. Su voz sonó ronca, insegura:

—De modo que era eso. Usted es... es un asesino profesional...

Duke rió entre dientes, agriamente. Meneó la cabeza, negativo.

—Cielos, doctor, claro que no —rechazó.

—¿Entonces...? —le miró su interlocutor, arqueando las cejas.

—Una serie de azarosas circunstancias me llevó a suplantar forzosamente a un criminal, sin saber que lo era. No sé qué pasó, pero el auténtico Derek Danvers nunca apareció. Recogí ese encargo como si fuese él en persona. El encargo y el dinero. Tengo problemas con ciertas personas en San Francisco, y me horrorizó ver su fotografía y la de esa chica Sharon Kelly, como presuntos sentenciados a morir. Vine aquí y traté de evitarlo. Pero era difícil hablar con usted y explicarle todo esto. Más difícil aún entrevistarme con Sharon y advertirla del peligro que corría. Ahora, cuando menos, usted ya lo sabe.

—Pero ignoro por qué desea matarme nadie, Slatery. No tiene sentido. Yo no creo ser un obstáculo para nadie...

—Pues lo es. Yo diría que empezó a serlo cuando estuvo convencido de que Sharon Kelly estaba mentalmente sana y trató de ayudarla.

—Eso es cierto. Intenté ayudarla, y entonces ella reaccionó violentamente, intentando la fuga varias veces. Creo que ni siquiera se fiaba de mí o de cuanto pudiera auxiliarla, y quería verse libre, fuera de aquí. Entonces ordenó Reeves el tratamiento de aislamiento y drogas, con el pretexto de reducir su agresividad. Pero yo sabía por qué lo estaba haciendo. Tiene que ganarse el dinero de los Kelly, eliminar a la heredera como sea...

—Y entonces, alguien piensa que no basta con confiar en el doctor Reeves para sus planes. Los Kelly contratan a una organización criminal para que, por una suma determinada, su prima Sharon sea asesinada fingiendo un accidente, y usted también, para que nunca hable del asunto a nadie. Sin embargo, mi llegada aquí empieza a crear problemas. Alguien me ayuda a ver personalmente a Sharon en su encierro. Somos sorprendidos. Y como yo, personalmente, no parezco un peligro todavía, me dejan con vida. Pero asesinan a Stella Colby por saber demasiado. Y todo empieza a complicarse en la residencia, a pesar de que oficialmente sea un simple caso de accidente o suicidio.

—Me asusta usted, Slatery —confesó el médico, mirándole angustiado

—. ¿Qué va a suceder?

—No lo sé. Pero lo que sea, será malo y sucederá pronto, muy pronto. No podemos perder tiempo ni usted ni yo.

—¿A qué se refiere? ¿Qué podemos hacer los dos contra tanta trama criminal?

—Sólo hay un medio: salvar a Sharon Kelly. Y que usted y ella salgan de aquí lo antes posible.

—Yo podría ahora mismo, y no volver nunca más —confesó el doctor Lamont—. Pero ¿y ella?

—¿No puede usted ayudarme a sacarla de aquí? —sugirió Duke.

—¿Sacarla? ¿Cuándo?

—Hoy. Esta misma noche, sin ir más lejos.

—Esta noche... Será difícil. Ni usted ni yo estamos de guardia. Creo que la doctora Langdon tiene el servicio de noche. Y el enfermero Kane se ocupará de las rondas habituales.

—Aun así, hay que hacerlo hoy mismo. No me fío de nada. No podemos aguardar siquiera a mañana.

—Veré lo que se puede hacer. Pero va a ser difícil. Todo se electrifica de noche. Hay ojos electrónicos, controles... alarmas...

—Sé todo eso. Veremos la forma de neutralizarlo. Será mi tarea. Y la suya será la de liberar a Sharon Kelly de su celda de castigo y tratar de que reaccione contra la acción de las drogas.

—Eso va a ser más complicado aún. Pero puedo alterar la composición de la droga que yo debo administrarle hoy. Eso reduciría los efectos considerablemente.

—De acuerdo. Manos a la obra, entonces, si aprecia en algo su vida. Mañana podría ser demasiado tarde para usted, para Sharon Kelly... y para mí. ¿Qué me dice, doctor?

—Usted gana —resopló él, encogiéndose de hombros—. Así se hará, Slatery. Nos veremos esta noche, tras la cena. Esté preparado. No sé cómo vamos a salir de aquí, pero al menos vamos a intentarlo.

—Así me gusta, doctor —sonrió Duke con decisión—. Cuando la propia vida está en juego, hay que luchar hasta el fin.

El médico abandonó la habitación con un asentimiento. Una vez solo, Duke empezó a pensar. Muchas veces había burlado a guardacostas, policías y competidores del hampa en sus correrías como contrabandista o sacando gente de países sometidos a guerras civiles o represiones dictatoriales. Pero esto no iba a ser precisamente más sencillo que todas sus aventuras en el mar y en lejanos países.

Pero como acababa de decirle al médico amigo de Sharon Kelly, había que intentarlo costase lo que costase.

Aquella noche cenó en su habitación. El enfermero Kane le sirvió una bandeja con un tazón de caldo de gallina, pescado al horno y pastel de manzana. Comió con buen apetito.

Al retirarle la bandeja, su colega le dejó un periódico sobre las sábanas de la litera.

—Es el diario de la tarde —informó—. Por si quieres distraerte un rato, antes de dormir...

Duke le dio las gracias. Desplegó el periódico. Inmediatamente, una noticia en cuarta columna atrajo su atención, procurándole un sobresalto:

UN HOMBRE LLAMADO SCOTT CONNELLY, PRESUNTO ASESINO PROFESIONAL
HALLADO MUERTO VICTIMA DE ACCIDENTE DE TRÁFICO

Pero no era eso lo importante para él. Lo peor era el pie de una fotografía que acompañaba la noticia:

«La víctima del accidente, Scott Connelly, era conocido también como Frank Carson o Derek Danvers en el mundo del hampa. Se sospecha que trabajaba por contrato para una organización criminal secreta, cuya pista sigue la policía.»

—Cielos... El número siete está muerto —jadeó Duke, estrujando el periódico, del que se apresuró a arrancar aquel trozo, para que nadie en la residencia lo leyese—. Por eso no acudió a la reunión de Chinatown aquella noche...

Y de inmediato, la idea siguiente le golpeó como un mazazo, helándole la sangre en las venas:

—¡Pero ahora ellos, los miembros de esa secta, e incluso su misterioso jefe, el hombre tras la cortina... ya saben que yo *no era* el auténtico número siete! ¿Qué va a ocurrir *ahora*?

En ese momento supo que urgía más que nunca salir de la residencia Maddox lo antes posible. Era cuestión vital. No sólo tenía que enfrentarse a un asesino oculto en la clínica y a la conspiración siniestra del doctor Reeves y la familia Kelly, sino que además tal vez en estos momentos era él quien había sido inapelablemente sentenciado a morir por los asesinos de Chinatown...

CAPÍTULO VII

El automóvil se detuvo suavemente en la empinada cuesta que conducía al altozano donde se alzaba la residencia de salud Maddox. A aquellas horas de la noche, y en las afueras de Santa Rosa, la alameda aparecía totalmente desierta, y sólo algunas lejanas luces revelaban la presencia de *bungalows* y propiedades habitadas, al margen de las potentes luces que iluminaban los jardines del establecimiento psiquiátrico, como medida de seguridad del mismo. Un cartel, sobre la puerta, advertía a posibles asaltantes que tanto la parte interior de la puerta, como los altos bordes de las cercas, estaban electrificados para evitar evasiones de enfermos o intrusión de merodeadores del exterior. La única persona que se sentaba al volante del oscuro automóvil, sonrió al leer ese cartel colgado de las barras metálicas de la puerta. Se ajustó lentamente los guantes sobre sus manos tranquilas. Unos ojos escudriñadores estudiaban con suma atención el lugar en todos sus más mínimos detalles.

Era una persona habituada a tales precauciones antes de actuar. Aquel trabajo no lograba descomponer sus nervios, ni tan siquiera alterar su fría calma. Era simple rutina, después de todo.

Iba a matar a un hombre. Y a alguien más. Matar era su oficio. Sabía cumplir en semejante oficio con toda firmeza y seguridad.

Extrajo de un escondrijo en su coche una caja metálica que abrió sin prisas. En su interior aparecía una pistola automática de gran calibre y potencia, así como un negro tubo metálico. Ajustó éste al cañón, con sus manos enguantadas una vez silenciada el arma, la guardó en sus ropas.

Luego, con expresión tranquila, se dispuso a esperar. También sabía esperar, porque ésa era una de las grandes virtudes de los profesionales del crimen.

Y aquella mujer era una profesional de las mejores. Por algo formaba parte de la élite asesina de cierta oscura y temible organización que tenía su cuartel general en el corazón de Chinatown, allá en San Francisco.

El «número 3», la mujer de cabello corto y aspecto varonil que se sentara aquella noche junto a Duke Slatery en la reunión de asesinos dirigida por un desconocido personaje tras una cortina, estaba en plena acción.

Su misión era matar a Duke, al falso Derek Danvers, por encima de todo. Pero al mismo tiempo tenía que matar también a una mujer llamada Sharon Kelly, y a un médico, el doctor Lamont.

E iba a cumplir esa macabra tarea sin la menor vacilación. Como había hecho siempre.

Duke consultó su reloj, algo impaciente.

Las doce. Hacía ya tres horas que se habían retirado todos a sus habitaciones, siguiendo las normas del establecimiento. Y aún no había llegado el doctor Lamont, para iniciar la excursión nocturna que permitiera intentar la salvación de Sharon Kelly.

Tal vez el doctor estaba meditando muy seriamente la acción a realizar, y no se decidía a intervenir hasta que fuese más avanzada la noche. Pero algo, quizás su instinto, desarrollado en tantas peripecias y aventuras durante toda su azarosa vida, le decía a Duke que no debían perder más tiempo.

Cuanto antes pudieran sacar de aquellos muros a Sharon, tanto mejor sería para todos, pero sobre todo para ella.

Estaba preparado. Calzaba sus zapatos de suela de goma, estaba vestido y se había metido entre las ropas una barra de hierro, obtenida de un cuarto de material en desuso, por lo que pudiera suceder. No quería estar totalmente inerte ante un ataque criminal.

Oyó pisadas. Rápido, apagó de nuevo la luz y esperó, tendido en la litera de su dormitorio. Pasó el enfermero Kane ante su puerta, haciendo la ronda habitual de cada hora, puesto que él era el que estaba esa noche de servicio en la clínica.

Algo más lejos, oyó hablar a la doctora Langdon. Su suave y educada voz resultaba inconfundible para Duke. Cambió algunas palabras con Kane, luego se oyeron pasos que se alejaban y se cerró una puerta.

Gradualmente, el silencio volvió a reinar en el centro médico privado. Duke dejó pasar cosa de veinte minutos sin moverse. Era arriesgar mucho, porque sólo dispondrían de poco más de media hora para rescatar a Sharon de su encierro, pero valía más eso que encontrarse ahora con el enfermero Kane o con la doctora Langdon, y echarlo todo a rodar.

A las doce y veinte, sin encender de nuevo la luz, abandonó la habitación, comprobando que el silencio y la soledad eran absolutos en los corredores de la residencia. Avanzó sigiloso por el corredor, hacia los alojamientos de los médicos. Sabía dónde tenía el doctor Lamont su despacho y su dormitorio. Podía moverse perfectamente por la casa con la luz que reinaba en su escalera y pasillos durante toda la noche.

Llegó ante la puerta donde aparecía grabado en metal el nombre de Harvey Lamont, médico psiquiatra. Golpeó suave, muy suavemente con los nudillos. Nadie le respondió. Mentalmente, maldijo al médico por no haberle avisado por su tardanza.

Estaban perdiendo demasiado tiempo. Y él sabía que aquello era *urgente*.

Probó el pomo de la puerta. Lo hizo girar y ésta cedió sin ruido. No

estaba cerrada con llave ni pestillo. Asomó. La antesala de su despacho estaba desierta. Había luz en el despacho, sin embargo. Quizás no le había oído, pensó

—Doctor —llamó apagadamente—. Doctor Lamont, soy yo, Slatery. Tampoco esta vez hubo respuesta. Cruzó la antesala y empujó la entornada puerta del despacho, entrando resueltamente en el mismo. La luz procedía de una lámpara de pie flexible, sobre la mesa de trabajo del médico. Y éste se hallaba sentado en la butaca, ante su mesa. Estaba mirándole.

O parecía mirarle. Duke se aproximó algo más, extrañado por su mutismo y su inmovilidad. Contempló los ojos abiertos del médico, su rostro inexpresivo. Y el orificio de una bala sobre su sien. De aquel negro agujero, corría un reguero de sangre oscura por su mejilla.

Estaba muerto.

Y esta vez, ni siquiera habían fingido un accidente. Un disparo a quemarropa había sido la forma de matarle. Una bala silenciosa, sin duda. Duke no recordaba haber oído estampido alguno aquella noche, después de la cena.

—Dios mío... —jadeó, mirando en torno, alarmado—. Otro crimen... Aquello parecía obra de un profesional, pensó amargamente. Y eso resultaba inquietante. ¿Se trataba del mismo asesino que mató a Stella Colby, o era otro mucho más eficaz e implacable?

Fuese como fuese, las cosas se habían puesto ya más que feas. Había que hacer algo y en seguida. O sería demasiado tarde. Del mismo modo que Lamont había sido asesinado, lo sería Sharon en cualquier momento. Y él mismo.

Tal vez los asesinos de Chinatown habían sabido ya lo del auténtico Derek, pensó mientras examinaba con rapidez la mesa del difunto psiquiatra, en busca de las llaves que todo el personal de la clínica poseía para moverse por la casa. Y el «ejecutor» que mató a Lamont era uno de sus fríos profesionales. En cuyo caso, él mismo estaba plenamente sentenciado. La posibilidad no le resultó precisamente alentadora.

Halló lo que buscaba en un cajón: un llavero con más de media docena de llaves. Al tomarlo, descubrió algo que las propias llaves habían ocultado hasta entonces: el nombre de un dossier situado bajo las mismas.

Ese dossier tenía solamente un nombre escrito a máquina en su carpeta: KELLY.

No sabía lo que podía ser, pero lo tomó, doblándolo, y lo guardó en su chaqueta. Si Lamont lo tenía tan a mano, junto con las llaves que iba a necesitar esa noche, podía significar algo. Pero ahora no tenía tiempo de examinarlo.

Salió con rapidez de la cámara fúnebre, para avanzar hacia la escalera

resueltamente. Tras comprobar que no se veía a nadie por parte alguna, comenzó a subir con paso veloz y silencioso. No se detuvo hasta llegar al ático.

Avanzó rápido por el pasillo, y se paró ante la puerta correspondiente a la celda de Sharon Kelly. Por si la habían cambiado de estancia, abrió la mirilla y oteó el interior. Respiró aliviado. Allí continuaba la desdichada joven, sujeta por las anchas correas de cuero a la cama donde la drogaban día y noche.

Algo nervioso pero sin precipitarse, probó una llave tras otra. La quinta resultó. Giró en la llave, y la puerta quedó abierta. Entró en la estancia sin perder un instante. Ajustó la puerta tras de sí, como si estuviese cerrada, y se inclinó sobre la joven.

No dormía. Tenía sus ojos entornados. Al verle, los abrió algo más. Una lucecita de alivio y esperanza brilló en ellos.

—Usted... —musitó—. Ya estuvo antes aquí...

—Sí, Sharon —afirmó Duke—. Anoche. Vengo para llevármela fuera de aquí.

—Dios mío... —gimió ella—. ¿Es eso cierto? El doctor... el doctor Lamont me lo dijo al venir a suministrarme la droga... Me inyectó algo muy ligero, esta vez no me he llegado a dormir...

—El bueno del doctor Lamont cumplió bien su parte —suspiró Duke, lamentando más que nunca la muerte del único amigo que ella había tenido en la clínica hasta entonces—. Él ahora no puede venir a ayudarme. Vamos. Saldremos usted y yo de este infierno.

Extrajo una navaja que había tomado consigo para este menester, y cortó a tajos secos y violentos las anchas correas. Ella le miraba, todavía aturdida, su mente confusa por la acción constante de las drogas.

—¿Cree que podrá valerse un poco por sí misma? —preguntó Duke mientras la liberaba de aquellas correas—. Es decir, andar, correr un poco, si es preciso...

—Andar, quizás. Pero con dificultad. Correr, no creo... —musitó ella, asustada.

—Es igual. Yo la ayudaré. Pero haga cuanto pueda, piense que en esto no sólo se juega la libertad, sino la vida.

—Dios mío... Esto es cosa de ellos, ¿verdad? Mis primos... Kenneth y Helen...

—Me temo que sí. Hablaremos de eso en otro momento. Ahora hay que abandonar este recinto como sea.

—No podremos. La puerta, las vallas... Están electrificadas. Y los ojos electrónicos del jardín... Nos descubrirán.

—Infiernos, seguro que nos descubrirán. Pero una vez cruzada esa verja, no permitiré que nadie nos vuelva a traer aquí vivos, eso se lo garantizo —declaró Duke con rudeza.

Ya estaba sin ligaduras. Intentó levantarse y no pudo. Duke respiró hondo. Las cosas no iban a ser fáciles a partir de ahora. La joven estaba entumecida por la inmovilidad y agotada por la acción de las drogas.

Cuando logró ponerse en pie, se tambaleó. Duke la rodeó rápido con un brazo y virtualmente la arrastró hacia fuera. Los minutos transcurrían con angustiosa rapidez. Ya sólo quedaban veinte para la una, hora de otra ronda de vigilancia. —Tenemos que apresurarnos —jadeó en voz baja, saliendo al corredor con la joven—. Dentro de poco, la evasión será imposible.

Como ella no podía apenas moverse aunque lo intentaba, cargó con su cuerpo, descendiendo las escaleras con toda la rapidez que le era posible. Ella musitó:

—No podrá. No podrá conseguirlo estando yo así. Es mejor que lo deje. Nos castigarán duramente si nos cogen ahora...

—Ya lo sé. Por eso no pienso dejarme coger fácilmente —rió con dureza Duke, sin dejar de salvar peldaños con el peso que llevaba entre sus brazos.

Una vez en la planta baja, avanzó a largas zancadas hacia la salida. Ya no era cuestión de andarse con rodeos. O lo intentaba de una vez por todas, o echaría por la borda cuanto había hecho hasta entonces. Y ahora posiblemente había *dos* asesinos entre aquellos muros, en vez de uno solo.

Llegó al vestíbulo. Abrió la puerta de la casa. Ella le advirtió con un susurro.

—Cuidado al salir. Justo en los porches delante de la puerta, hay el primer ojo electrónico que activa la alarma...

Duke afirmó, arrugando el ceño. Había estudiado su plan minuciosamente. No pensaba salir de esa forma.

Una vez en el porche, avanzó lateralmente hacia la esquina de la casa, con la joven en sus brazos. Cuando llegó al recodo, miró ante sí. Tenía enfrente el garaje donde se guardaban las dos ambulancias que la clínica poseía para casos urgentes. En otro garaje más apartado, se hallaban los coches particulares del personal.

—Confiemos en que aquí no haya ojos electrónicos —refunfuño Duke secamente.

Y salvó con Sharon la distancia entre el porche y el garaje. No ocurrió nada. Pero la luz del jardín era demasiado intensa. Cualquier persona, desde las ventanas del edificio, podría verles fácilmente si se asomaba un instante.

Se detuvo un momento ante la puerta del garaje, respirando hondo. Depositó a Sharon en el suelo y probó la puerta. Esta cedía con una simple presión desde el exterior. La hoja metálica se alzó sin ruido. Dentro, las dos ambulancias aguardaban. Duke miró en derredor.

Pidió mentalmente que las llaves del doctor Lamont sirvieran para alguno de aquellos vehículos. Era lógico suponer que los médicos del establecimiento podrían, en cualquier momento, utilizar una ambulancia en casos de auténtica urgencia, sin necesidad de pedir llaves a nadie.

Entró con ella en el recinto, ayudándola a caminar. La joven se tambaleaba ostensiblemente, estaba muy pálida y la transpiración ponía brillo en su rostro demudado.

—Dios sea loado —murmuró Duke, al ver cierta instalación en un muro del garaje—. Es posible que haya una esperanza...

Dentro de una ancha caja, adosada al muro del garaje, había un panel de interruptores y conexiones eléctricas. Era uno de los cuadros de la instalación del recinto. Entendía lo suficiente para saber que podía provocar allí un cortocircuito sin demasiados problemas.

Y es lo que hizo con febril actividad, no sin antes abrir la portezuela de una de las ambulancias, comprobar el estado de combustible de su depósito, y meter en el asiento inmediato a Sharon Kelly.

—Vamos a salir de aquí en cuanto provoque el cortocircuito —dijo—. Esté preparada. Y póngase el cinturón de seguridad. Va a necesitarlo, si todo sale como espero.

Fue al cuadro de interruptores. Manipuló los mismos. De repente, saltó un violento chispazo... y la oscuridad en la clínica se hizo total. Incluso el jardín, quedó totalmente en sombras.

Rápido, saltó dentro del coche, sentándose al volante. Cerró la portezuela, puso en marcha el motor con la llave del encendido que formaba parte del llavero del doctor Lamont, y arrancó.

Salieron como una centella del jardín. Duke encendió los faros y precipitó la ambulancia, a toda velocidad que era capaz de desarrollar, a través del césped y de la senda asfaltada, ganando terreno con rapidez, camino de la salida. A su espalda, dentro de la casa, oyó voces y carreras. Pero las luces siguieron apagadas, con la excepción de sus faros, que barrían con luz blanca el jardín y la cerca. Enfiló la puerta metálica. Se lanzó hacia ella como un bólido, sujetando con firmeza el volante. Sharon, a su lado, se encogió, cerrando los ojos.

Embistió la puerta como si fuese un proyectil. Saltó en pedazos la cerradura y se doblaron los goznes. Arrugadas, las barras metálicas de la entrada, no demasiado gruesas ni resistentes, puesto que su seguridad estaba en el sistema electrónico de apertura y cierre, cedieron al paso de la abollada ambulancia, que saltó a la carretera exterior como un toro bravo.

Duke maniobró audazmente, viró con un largo chirrido de neumáticos, y partió a toda velocidad, carretera abajo, en dirección a San Francisco.

—Dios mío... —oyó gemir a su acompañante—. Creí que nos

matábamos...

—Valía la pena intentarlo —rió Duke—. Es mejor que quedarse ahí dentro, ¿no cree? Ahora ya está libre...

—¿De qué me servirá? Mis parientes denunciarán esto a la policía. Me buscarán, me aprehenderán, acusándome de loca...

—Ya lo veremos. De momento, está libre y tienen que volver a capturarla si quieren recluirla fingiendo que está loca. Mientras yo esté a su lado, eso no va a serles nada fácil...

—Amigo mío, quienquiera que usted sea —musitó Sharon, mirándole con ojos de embeleso y profunda gratitud—. Confío ciegamente en su persona, en sus métodos. Sé que me defenderá de todos ellos...

—Palabra de Duke Saltery que así será, Sharon —prometió él con firmeza.

Un frío contacto metálico en su nuca le interrumpió desagradablemente. Una voz dura, acerada, le habló con sarcasmo desde la cabina posterior de la ambulancia, reservada a los pacientes:

—No puede negarse que es usted un gran fanfarrón, por hábil que se crea. No va a ir a ninguna parte con esta joven. Aquí termina la aventura.

Duke se quedó helado. Miró por el retrovisor, sin poder frenar dada la enorme velocidad que la ambulancia llevaba carretera abajo.

Reconoció enseguida aquel rostro. La mujer que empuñaba la pistola provista de silenciador apoyada en su nuca, era la misma que se sentaba junto a él en cierta lúgubre asamblea de asesinos, en Chinatown.

La «número 3» le había encontrado. Lo demás, era previsible.

Iba a matarles a los dos, como había matado esa misma noche al doctor Lamont.

CAPÍTULO VIII

—Cielos, ¿quién es ella? —gimió Sharon Kelly, aterrorizada, aferrando un brazo de Duke con dedos crispados.

—Una compañera de viaje muy desagradable, Sharon —explicó Duke glacialmente—. Esta noche ha matado de un tiro en la sien al doctor Lamont, por el simple hecho de ser amigo de usted y pretender ayudarla a salir de allí. Ahora piensa hacer lo mismo con nosotros dos, ¿no es cierto, señora?

—Exacto —sonrió fríamente la «número 3»—. Nos ha dado usted mucho trabajo, Slatery... ¿no dijo que era ése su nombre?

—Resulta obvio que no soy Derek Danvers —rió huecamente Duke, sin reducir un ápice de velocidad.

—Obvio, en efecto. Nos engañó muy bien a todos aquella noche —dijo ella—. ¿Es usted policía?

—No. Trabajo por cuenta propia, señora. ¿Qué se espera que deba hacer ahora?

—Reducir la velocidad paulatinamente. Y no intentar trucos conmigo. No servirían de nada.

—Después de todo, va a matarnos. Puedo estrellar el coche. Seremos tres a morir. Eso siempre consuela un poco.

—No he dicho que vaya a matarles.

—No hace falta que lo diga. La envié aquí ese fantasmón que les dirige desde detrás de una cortina. Y ese tipo, cuando envía a alguien a alguna parte, es siempre para matar.

—Reduzca la velocidad y cierre el pico, Slatery —amenazó ella.

—No fanfarroneo cuando digo que nos estrellaremos —Duke aceleró todavía más, y el coche sanitario pareció volar por la carretera. Además, presionó el botón de la sirena. La ambulancia comenzó a ulular agudamente—. Moriremos todos juntos. Y si usted me dispara ahora, a la velocidad que vamos, sabe lo que nos va a ocurrir.

Evidentemente, ella no había esperado la reacción de Duke. Había sido muy hábil para vigilar a Duke, seguirles hasta el garaje y entrar a la ambulancia aprovechando el momento del cortocircuito, pero no había previsto que un hombre desesperado se convirtiera en suicida. Y que preferiría morir matando.

—Si hubiera querido matarles, lo hubiera hecho —dijo con voz tensa—. Les quiero vivos. Obedezca y nos les pasará nada.

—Ese cuento es mejor que «Blancanieves» —rió Duke, agresivo, manteniendo aquella carrera endemoniada, carretera adelante—. En cuanto frene este cacharro, nos pegará dos tiros, y asunto concluido. De modo que... ¡allá va!

Y sin pensarlo dos veces, Duke lanzó el coche contra una arboleda situada a su derecha. Sharon chilló aterrada, y la mujer asesina lanzó

una imprecación de sorpresa y horror.

Fue una escena apocalíptica. La ambulancia golpeó de refilón un árbol, como Duke había calculado, rebotó y fue contra otro, haciéndose añicos los cristales del parabrisas, desgarrándose los guardabarros y abollándose toda la flamante carrocería blanca y azul.

El motor se incendió, comenzando a arder el coche, mientras daba saltos por entre piedras y arbustos, frenado por los troncos de frágiles árboles que se curvaban bajo el impacto de la carrocería.

Duke abrió la portezuela contraria y arrojó fuera a Sharon de un empujón, tras desprender nerviosamente la hebilla del cinturón de seguridad. Él se tiró por su lado al césped, corrió por él, rodeando el coche incendiado, y recogió a Sharon en brazos, corriendo desesperadamente con ella por entre la arboleda. Dentro de la ambulancia en llamas, permanecía la ejecutora, medio inconsciente al golpearse con el asiento delantero y los vidrios de separación, al provocar Duke el accidente.

No era posible intentar salvarla. Duke lo hubiera hecho, aun siendo ella una criminal fría y endurecida. Pero eso significaba morir todos a la vez. Una mujer como aquélla no merecía tal sacrificio.

El coche reventó en medio de una bola incandescente, cuando Duke acababa de arrojarla a una zanja, llevando a la joven en sus brazos. Un verdadero mar de fuego y pavesas se elevó por encima del bosquecillo y sus cabezas, lloviendo cenizas y fuego junto a ellos. La explosión debió oírse a mucha distancia de allí.

—Dios mío... —sollozó Sharon, pegada a él, sucia de barro y con rasguños en sus manos y rostro, a causa de los fragmentos de vidrio del parabrisas en el momento del choque. Esa mujer se quedó allí...

—Fue lo mejor que pudo suceder. Era una máquina de matar. Y su misión era exterminarnos a ambos, ahora que el doctor Lamont está muerto. De todos modos, hubiese intentado sacarla de allí, de ser posible. Ya ve que no lo era. Apenas si hemos tenido tiempo de salvarnos nosotros...

—Duke, ¿qué clase de hombre es usted? —musitó ella, admirada, contemplándole—. Sabe salir bien de todo...

—He aprendido a hacerlo así. Mi vida no ha sido nunca un remanso de paz —sonrió él, quitándole vidrios y hierbajos de los cabellos, suavemente—. ¿Se encuentra bien, Sharon?

—Sí... —musitó ella—. Muy bien. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Alejarnos de aquí cuanto antes, campo a través, hasta hallar un vehículo que nos lleve a Santa Rosa o a San Francisco. Dentro de unos minutos esto estará más concurrido que una discoteca en sábado. Coches-patrulla, la gente de la clínica... Pensarán que hemos muerto en ese accidente, y llevará tiempo comprobar que no fue así. Para entonces, conviene que estemos ya lo bastante lejos de estos parajes,

amiga mía...

Y la oprimió contra sí, tratando de infundirle unos ánimos que ella estaba necesitando en esos momentos casi tanto como gozar de la libertad recién ganada.

* * *

La noticia aparecía virtualmente perdida entre otras informaciones de tercera página en la edición vespertina de los diarios de San Francisco. Duke Slatery leyó atentamente el contenido de la columna:

«Mortal accidente de automóvil en Santa Rosa. Una ambulancia en la que escapaban de un centro psiquiátrico privado una enferma mental y un presunto asesino que fingía llamarse Derek Danvers, como el pistolero profesional muerto recientemente en otro accidente, estalla al estrellarse contra una arboleda.

Sólo un cadáver, el de una mujer inidentificable, fue hallado en el interior del vehículo. En su mano derecha lucía un anillo de platino con un diamante. Es cuanto se ha podido saber de la víctima. La policía busca por toda la región al falso Derek Danvers.»

Algo más abajo otra información de alcance añadía algunos datos más:

«Noticias de Santa Rosa confirman que el doctor Harvey Lamont, psiquiatra de la residencia de salud Maddox, fue muerto de un disparo en su propio despacho la noche anterior. Se sospecha que el autor de ese crimen es el hombre que escapó en la ambulancia con la enferma mental.

Según la policía pudiera no ser dicha enferma la mujer hallada muerta en el coche siniestrado. Pero no han informado sobre su posible identidad.»

Duke apartó los diarios con gesto de disgusto y cambió una mirada con Sharon, que reposaba tranquila, tras haber ingerido alimentos y una buena dosis de leche y zumos de fruta, tendida en una litera del interior de su pequeño yate anclado en la bahía.

—Las cosas distan mucho de estar claras —comentó—. La policía parece saber que estamos vivos y ocultos en alguna parte. Creo que incluso han identificado a la mujer muerta, aunque no lo digan.

—¿Eso es malo? —se inquietó ella que mostraba un aspecto más saludable, para llevar solamente unas pocas horas de libertad.

—No es bueno. Me acusan de haber matado al doctor Lamont. Y sin duda también me acusarán de la muerte de Stella Colby.

—Estella... —repitió en un murmullo Sharon, cerrando los ojos y estremeciéndose—. Pobre Stella... cuando me dijo que la habían matado, no podía creerlo. ¿Fue también obra de esa horrible mujer,

Duke?

—No lo creo. Ella debió llegar esa noche a Santa Rosa, con el encargo de matarnos a usted, y a mí y al doctor, puesto que yo era un impostor que no pensaba matar a nadie sino salvar sus vidas. Hay alguien más en esa clínica, capaz de matar por dinero, bien pagado por sus parientes los Kelly.

—Ellos... —tembló la joven—. ¿Cree que no me encontrarán aquí?

—No lo creo. Nadie en la clínica sabía que mi nombre es Duke Slatery, excepto el propio doctor Lamont, y él está muerto. No vendrán a buscarla a mi barco, esté segura. Tenía enemigos que podían buscarme aquí por otras razones, y cuya persecución fue el inicio de todo este lío en que estoy metido, pero también viene algo en la prensa sobre ellos: les han cazado a todos y están a buen recaudo, por tráfico de drogas y resistencia a la ley. Creo que tienen para años.

—¿Qué piensa hacer para probar a la policía que usted no mató a nadie?

—Ante todo, enviarles el dossier que el doctor Lamont logró completar sobre usted en la noche pasada, antes de ser sorprendido por su asesino. He comprobado que ahí se demuestra claramente que usted está mentalmente sana y todo es un complot de su familia para desheredarla y quedarse con todo. Eso hundirá a la residencia Maddox y a su director. Pero si el doctor Reeves no es el asesino de Stella, es preciso saber quién la mató para que pague sus culpas.

—Aún así, usted no probará de ese modo su inocencia en el asunto...

—Eso es cierto —suspiró Duke—. Sólo existe un medio de conseguir tal cosa. Ir esta noche a cierta casa de Chinatown y tratar de capturar a alguien que oculta su rostro tras una cortina...

—¿Qué dice? —se sobresaltó ella, incorporándose en la litera—. ¿Se ha vuelto loco? No será esa casa el lugar donde se reúnen los asesinos que usted mencionó...

—En efecto. Así es —sonrió Duke, risueño—. Esta noche, seguramente tendrán asamblea, dado los sucesos de Santa Rosa. Y sería un buen momento para cazarles a todos y conseguir que confesaran a la policía toda la verdad...

Sharon le miró, angustiada, sin saber qué decir.

* * *

Duke Slatery se alejó satisfecho de la estación de policía donde había dejado el dossier de Sharon Kelly, en un sobre cerrado, para entregar a la persona encargada de investigar los sucesos de Santa Rosa y la muerte de Derek Danvers en San Francisco.

Entró en un establecimiento de comidas y cenó con buen apetito. Sharon se había quedado en su pequeño yate, oculta a la vista de todos. Nadie podía relacionar aún a Duke Slatery, el aventurero

marinero con el falso Derek Danvers de la clínica del doctor Reeves. De modo que Sharon no peligraba, mientras no se dejase ver fuera del camarote. Aquél era, a juicio de Duke, su más seguro refugio.

Cuando terminó de cenar eran las ocho y media. La niebla no era tan densa como días anteriores, en la ciudad de San Francisco, pero sí dificultaba la visibilidad en sus húmedas calles.

Echó a andar hacia Chinatown sin prisas. Sabía que, caso de haber asamblea, como aquella noche en que todo comenzara, ésta no sería antes de la medianoche, momento en que la vigilancia de las calles era menor, y el escaso tráfico no complicaría la vida a los asistentes.

Sharon había encontrado aquella idea suya de volver a la mansión de los asesinos encapuchados realmente demencial. Pero él sabía que, por temeraria que fuese su decisión, resultaba también absolutamente necesaria. Tenía que probar la inocencia del falso enfermero de la residencia. Es decir, *su* inocencia. Tarde o temprano, la policía le identificaría como al supuesto Derek Danvers, y era necesario estar libre de toda sospecha para confesar la verdad completa a la ley.

La única prueba de esa inocencia, sólo podía hallarse en Chinatown. En las personas que formaban una temible secta de criminales sin conciencia, capaces de asesinar por contrato.

Se metió en un pequeño cinematógrafo de los que tenían abierto toda la noche, exhibiendo películas en sesión continua. A medianoche abandonó el local y se orientó en la niebla, dirigiéndose a la casa que servía de cuartel general a los asesinos de las negras caperuzas.

CAPÍTULO IX

Wang-Li sintió en su nuca el frío contacto de algo metálico y cilíndrico.

—Ni un grito o te vuelo la cabeza, amigo —dijo sordamente una fría voz al chino junto a su oído—. Permanece quieto si estimas en algo tu vida.

—¿Qué pretende? —jadeó el oriental, inmovilizándose—. Soy ciego, señor...

—Lo sé —respondió secamente Duke Slatery—. ¿Están todos reunidos ya?

—No sé de qué me habla... —protestó el chino vivamente.

El tubo metálico presionó con más fuerza su nuca, y enmudeció.

—No puedes engañarme, amigo —dijo el aventurero—. Lo sé todo sobre este lugar y la gente que aquí se reúne. Oigo murmullos en la sala. Están todos, ¿no? Bueno, todos menos dos, imagino...

El chino se mantuvo quieto y callado. Sus ojos opacos miraban al vacío, indiferentes. Ante él colgaban del ropero varias túnicas y caperuzas. La luz macilenta brillaba en el recibidor del piso.

—¿Y el jefe? ¿Ha llegado ya? —preguntó Duke con aspereza.

El chino pareció resistirse a responder. Duke presionó aún más, hundiendo el cañón del revólver que se había llevado consigo, en la carne amarillenta del oriental.

—No —respondió de mala gana el chino—. Aún no.

—Bien. Entonces vamos a dar una pequeña sorpresa a esa gente, y esperar al tipo que juega al escondite tras la cortina, amigo amarillo. En marcha, y sin hacer tonterías. No puedo perder tiempo.

Le forzó a caminar hacia la sala. El chino, lentamente, con desgana, se movió bajo su presión. Al abrir la puerta, los siete encapuchados presentes giraron la cabeza, con cierta extrañeza.

Pegaron un respingo al ver la escena. Uno trató de mover sus manos hacia el interior de la túnica. Duke apretó el gatillo, apartando un momento el revólver de la nuca del chino.

Restalló la detonación agriamente. El encapuchado gritó, sujetándose la mano derecha, perforada de un balazo. Cayó en su asiento, sangrando sobre sus guantes. Los demás, ante tan claro aviso, optaron por permanecer quietos.

—¿Qué significa esto? —preguntó uno de ellos, fría la voz.

—¿Quién es usted? —indagó otro.

—Un visitante ya habitual —rió Duke—. Fui el «número siete» hace días, ¿recuerdan?

—Usted... —masculló uno de los encapuchados con acritud—. Mató a la «número tres» ¿No es cierto?

—Calla —le cortó otro al que hablaba—. No puede entrar aquí. No

tiene derecho. Esta es una reunión de amigos, una fiesta privada. Ninguna ley nos prohíbe venir vestidos de esta forma, nos gustan los disfraces. Avisa a la policía si este tipo sigue amenazándonos...

—De modo que eligen ese cuento, ¿eh? La reunión social privada, el disfraz, la extravagancia... Saben que eso es mentira. Son ustedes asesinos. Auténticos asesinos todos, malditos sean. Su jefe, el que se oculta tras esa cortina, les da las órdenes de matar por contrato. Como pretendieron hacer con Derek Danvers, enviándole a matar a un tal doctor Lamont y a una mujer llamada Sharon Kelly a la residencia Maddox de Santa Rosa.

Pero Danvers estaba muerto y yo ocupé su lugar. Fui a advertir a aquellas víctimas de lo que les acechaba. Y descubrí otra monstruosa conspiración contra una mujer sana a quién pretendían pasar por loca.

—No entiendo nada, amigo —silabeó uno de los enmascarados—. No sabe lo que dice. Nosotros no asesinamos a nadie.

—Claro que asesinan. Cobran por hacerlo, cuando alguien les contrata. Esta es una organización criminal manejada por un hombre que nunca da la cara. Enviaron a la «número tres» a asesinarnos, y ella murió en el intento. Por desgracia, no pude evitar que matara al infortunado doctor Lamont... Ya antes de eso, otra persona de esa clínica había sido capaz de matar, asesinando a sangre fría a Stella Colby, una paciente amiga de Sharon Kelly. Mucho pagaban los Kelly por deshacerse de su bella y joven pariente, ¿no es cierto?

—Está diciendo tonterías que nunca podrá probar —se mofó uno.

—Lo veremos cuando los entregue a la policía uno a uno, amigos —replicó Duke, con acritud.

—Suponiendo que todo eso fuese cierto, ¿espera que íbamos a ser tan ingenuos como para confesar? —objetó otro, irónico.

—Quizás no. Pero su jefe lo hará. Cuando llegue, pienso apoderarme de él también y llevarle a las autoridades. Yo sé que son asesinos. Y lo voy a probar.

—Tonterías. Usted es muy listo, no hay duda. Supo mezclarse entre nosotros y engañarnos. Ha sabido eliminar a uno de nuestros mejores miembros. Pero eso no significa nada. Nunca podrá vencernos. Ni usted ni nadie. Lo que sabe morirá con usted. Jamás le creería nadie. Somos personas aparentemente respetables. Nadie sospecha que nos dediquemos a nada parecido. Su acusación resultaría irrisoria.

—Ya lo veremos. De momento, yo sé bien lo que son ustedes, lo que es esta organización.

—Es como si no supiera nada —dijo el encapuchado—. Nunca saldrá vivo de ésta. Se ha enfrentado a un enemigo demasiado fuerte para usted. Al venir aquí esta noche, ha firmado irremisiblemente su sentencia de muerte.

—De momento, soy yo quien gana —sonrió Duke, conduciendo a viva

fuerza al chino hacia la cortina, en la que acababa de captar un leve movimiento, una ondulación como las que aquella noche hiciera cuando estaba él presente e hizo acto de presencia el misterioso jefe—. Tengo un arma y no dudaré en morir matando, estén seguros de ello. Nadie replicó. La cortina había vuelto a moverse. Rápido, Duke apartó de sí al chino, arrojándolo contra la mesa, junto a los demás, y tiró del cortinaje con su mano izquierda, violentamente. La cortina se desplomó ante la sorpresa de todos los presentes. Cayó al suelo el paño rojo, mostrando lo que había detrás...

El asombro de Duke Slatery fue enorme.

¡Detrás de la cortina roja *no había nadie*. Salvo un muñeco de material plástico, sentado en un butacón, con un pequeño altavoz en vez de boca!

* * *

Era un simple muñeco el que hablaba con la voz de alguien que no estaba presente en la sala. Tras el muñeco, una ventana cerrada y nada más. Ni una sola puerta de acceso. Un sistema de corriente de aire artificial, desde ambos lados, agitaba la cortina con movimientos como los que produciría el paso de una persona tras ella. El aire estaba saliendo ahora por unas rendijas laterales. Pero ya no había cortina que mover.

La grotesca verdad estaba al descubierto, quizá para pasmo de los propios miembros de la organización en primer lugar. El «jefe» no existía como tal. Una voz, la de una persona desconocida, hablaba con ellos, a través del muñeco, eso era todo.

De repente, el chino ciego, Wang-Li, le señaló con el índice de su diestra extendido y rígido, y su voz, totalmente cambiada, clamó en medio del estupefacto silencio del local:

—¡A él! ¡Matadle! ¡Sólo lleva un revólver, y cinco balas en él! ¡Caiga quien caiga, MATADLE! ¡Es una orden de vuestro jefe! ¡Obedeced!

Aquella voz, inesperada en el viejo y débil chino invidente, dejó galvanizados a todos los hombres de la caperuza negra. Comprendieron de inmediato, igual que Duke, quién era realmente su jefe misterioso, el rostro invisible tras la cortina.

¡Wang-Li no era el humilde siervo de la puerta, sino el jefe en persona!

Los encapuchados, todos a una se movieron hacia Duke, con valor suicida. Este les amenazó con su revólver, acorralado contra el muro:

—¡No me obliguen a disparar! ¡Son ustedes asesinos y no vacilaré en morir matando!

—¡No importa! —rugía el chino transfigurado, con voz potente y autoritaria—. ¡Matadle! ¡Es una orden! ¡Matad, matad!...

Le rodearon, formando un siniestro cerco negro. Algunos cuchillos

brillaron en la sala, en manos enguantadas, heridos por la luz de la lámpara central. Duke se dispuso a apretar el gatillo a la desesperada, y caer bajo aquellas hojas de acero abatiendo a cuantos enemigos le fuese posible...

* * *

Los disparos en la puerta de entrada de la sala, pararon en seco a los asesinos.

Se volvieron todos, sobresaltados, mientras una voz clara y potente les amenazaba:

—¡Quietos todos! ¡Están rodeados! ¡Si se resisten, tiraremos a matar!

Asombrado, Duke contempló al grupo de policías uniformados, revólver en mano, y a tres hombres de paisano, encabezando el grupo, con fusiles ametralladores en sus manos, haciendo crepitar sus armas dirigidas al techo. Era obvio que si las bajaban, podían barrer en segundos a los ocho hombres, incluido el chino ciego.

Este juró horriblemente en voz baja, y se pegó al muro, asustado. Duke avanzó unos pasos, mirando los de la entrada.

—El cielo debe enviarles —suspiró—. Ellos dirán que están aquí para divertirse en una especie de baile de máscaras sin música, pero no les crean. Son asesinos de la peor condición, verdaderos profesionales del crimen. Y ese chino ciego, aunque no lo crean, es su jefe.

—No tiene que contarnos nada, Slatery —rió el hombretón que capitaneaba el grupo—. Sabemos todo eso, menos que el chino fuese el jefe.

—¿Conoce mi nombre? —Duke mostró su asombro.

—¿Por qué cree que estamos aquí? Una buena amiga suya nos avisó de lo que pretendía. Estaba asustada por usted, temía lo peor. Y veo que su instinto no la engañó. Nos ha contado todo. Eso, unido al dossier que mis hombres me entregaron esta noche y que usted depositó en la estación de policía, completan el rompecabezas, amigo.

—Pero ¿Cómo diablos supieron que era en esta casa donde...?

—Mire, Slatery, la policía, aunque no lo crea sabe a veces hacer su trabajo —comentó sardónicamente el policía, acercándose a él, mientras sus compañeros esposaban a los encapuchados y al chino Wang-Li—. Tras identificar a Derek Danvers y a la mujer muerta en Santa Rosa, en el coche incendiado, como Myrna Dobson, reclamada por sospecha de doble asesinato, empezamos a comprender que una organización andaba tras todo ello. Ya teníamos noticias de una secta criminal secreta en Chinatown, y estábamos buscando su cuartel general hace tiempo. En casa de la tal Myrna Dobson hallamos valiosa información al respecto. Y las señas de esta casa, entre otras cosas, en una agenda que guardaba celosamente en una caja fuerte, así como los nombres y datos sobre todos sus compañeros de asamblea. Sin duda

era su seguro de vida para caso de tener un día problemas con la organización. Todo eso nos trajo aquí, en cuanto su amiga nos visitó para contarnos su historia.

—De modo que Sharon se arriesgó a salir de su escondrijo por mí... —musitó Duke, sorprendido gratamente.

—En efecto. Esa chica le apreciaba mucho, Slatery. Y, desde luego, es obvio que no sufre enfermedad mental alguna. Sus parientes van a pasarlo mal a partir de ahora.

—Hay alguien más a quien todavía no hemos identificado, y es el que asesinó a una enferma llamada Stella Colby, en la residencia Maddox...

—Sabemos eso, Slatery —sonrió el otro—. Soy el teniente Nelson Raines, de Homicidios y me ocupo del asunto de la residencia Maddox, en colaboración con la policía de Santa Rosa. Reeves, el director del centro, ha sido arrestado ya, hace poco. Confesó quién era la persona que mató a Stella Colby golpeándola el cráneo y arrojándola luego por la escalera. Y gracias a que esa persona se había encaprichado extrañamente de usted, no siguió esa noche su misma suerte, Slatery. Tiene usted mucho «gancho» para las mujeres...

—Cielos —palideció Duke—. No me diga que la asesina fue...

—Sí, una encantadora y rubia enfermera llamada Lorna Vincent... Ella mató a la paciente, pagada por los Kelly... y hubiera matado igual al doctor y a Sharon Kelly, de no haber llegado allí una profesional como Myrna Dobson para realizar la tarea que los Kelly pagaban...

—Bueno, ahora veo que la policía es mejor de lo que acostumbra decir la gente, teniente Raines...

—Menos mal que lo reconoce —suspiró el policía, con una sonrisa de complacencia—. Ahora, vaya cuanto antes con esa chica, Sharon. La tranquilizará de una vez por todas. Y después de todo, supongo que estar junto a una chica tan bonita, no deja de ser confortante para uno, cuando acaba de salvar el pellejo...

* * *

Sharon escuchó atentamente el relato. Mostró su perplejidad en un punto del mismo:

—¿Cómo podía hablar Wang-Li con la gente reunida en la sala? ¿No estaba siempre en el recibidor, como un fiel criado?

—Así es. El teniente Raines encontró, tras el ropero donde colgaban túnicas y caperuzas, un compartimiento secreto, de reducidas dimensiones, al que se entraba simplemente presionando un resorte que hacía correr el perchero sin ruido. Dentro, había un equipo para hablar desde allí, emitiendo la voz a la sala, donde el muñeco, tras la cortina, hablaba a los presentes, cuyas voces, a su vez, llegaban nítidamente a oídos del chino a través de sus auriculares. Los supo

engañar bien a todos.

—¿Y es realmente ciego?

—Sí. Y anciano. Un viejo inteligente, astuto y frío como pocos. Ambicioso hasta el límite. Todo lo que le faltaba en los ojos, le sobraba en el resto de su persona: vitalidad, astucia, crueldad, afán de riquezas... Así es la gente a veces, Sharon.

—No siempre, desde luego. Hay otros como tú... Generosos, nobles, desprendidos...

—No soy tan bueno, Sharon. Si conocieras bien mi vida...

—Me gustaría oírtela contar mientras viajamos por ahí un tiempo en tu yate.

—Pero, Sharon, si tú vas a ser rica ahora, dueña de tu fortuna por fin...

—Eso puede esperar. Me gusta la vida de aventuras. Y me gusta estar a tu lado, Duke.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —rió él, yendo a poner en marcha el motor.

Ella rió, feliz, tendiéndose al sol matinal en la cubierta del pequeño yate. Este despegó del puerto lentamente, adentrándose en el mar, azul y terso como un espejo.

Duke Slatery, contemplándola allí, tendida bajo el sol, bronceando su cuerpo en un bikini minúsculo, dando un poco de aire y de luz a aquella suave piel que había estado condenada durante tanto tiempo a la prisión de una celda para enfermos mentales, torturada por un tratamiento inhumano y perverso, se dijo que a veces había justicia en el mundo, después de todo.

Y que era hermosa la idea de un crucero de placer con Sharon Kelly.

Un crucero que podía ser el principio de algo más. De mucho más.

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX